Para Julián Cuevas
su un vigorosísimo
brazo,

Cándido Ronco

ANDREA DEL SARTO



Cándido Ronco

ALFREDO DE MUSSET

ANDREA DEL SARTO

TRAGEDIA DE ARTE Y DE AMOR
EN DOS JORNADAS

TRADUCCIÓN

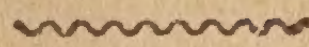
DE

CANDIDO ROUCO



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903,
Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de
Buenos Aires de 1910
MALLORCA, 166

JORNADA PRIMERA



DRAMATIS PERSONÆ

ANDREA DEL SARTO, famoso pintor.
LUCREZIA FIDE, su esposa.
CORDIANI, FRANCESCO, LEONELLO, CESARIO — Discípulos de Andrea.
GREMIO, viejo conserje.
MATURINO, criado.
Pintores y Criados de la Academia y casa de ANDREA.

EN FLORENCIA

DECORACION

El Teatro representa un patio, cerrado al fondo y a la derecha por un muro de piedra. A la izquierda se alza, en primer término, un pabellón con puerta de salida al proscenio, hasta donde desciende una escalinata; y en segundo término, siguiendo el resto de la latitud, una casa de noble aspecto renacentista, también con puerta y balcones practicables. El muro se abre, en sus dos direcciones, en sendos arcos defendidos por robustas cancelas de hierro; y como tras él se supone un parque o jardín, las copas de los árboles destacan sobre su altura. Lo demás, todo discrecionalmente distribuído; algunos bancos y diversos artefactos de taller de pintura, como tablas, lienzos, marcos, caballetes, etc. Es la hora de la noche próxima al amanecer, y así, la luz del día va difundiéndose gradualmente por la escena a medida que la representación avanza.



ESCENA PRIMERA

GREMIO, CORDIANI

GREMIO

(Por el pabellón, con un manojo de llaves y una linterna encendida).

A fe que me parece que esta noche,
sin que sepa la causa, he prolongado
mi sueño más allá de aquellos límites
que imponen los deberes cotidianos.
Mas, ahora me doy cuenta que aun no es tiempo,
pues aquel resplandor tenue y lejano
que aparece en el cielo, anuncia apenas
aun todo permanece en silencio,
en la quietud. De cierto me he engañado.
la llegada del sol. Aun es temprano;
Y así que, no debiendo abrir las puertas
hasta la hora habitual, vuelvo mis pasos
hacia el lecho otra vez.

(Oyese el rumor producido al abrir uno de los balcones, por donde aparece CORDIANI).

¡Eh! ¿Qué sucede?
¿Qué rumor escuché? ¿Dónde ha sonado?
Sin duda fué en la casa... Sí, sin duda
hacia aquel sitio fué. Voy a explorarlo.

CORDIANI

(Descendiendo ya por una escala prendida al balcón y dirigiéndose a alguien que le responde dentro. Irá envuelto en amplia capa, cubierto el rostro con un antifaz).

En la puerta del parque, de aquí a una hora,
no lo olvides, amor....

VOZ

¡Seré a tu lado!

(CORDIANI pisa la escena. Retiran la escala y cierran el balcón. GREMIO, que ha divisado al encubierto proyectándole la luz de su linterna, corre a él cerrándole el paso).

GREMIO

¡Alto allá, seas quien fueres! ¡Alto, digo!
¡Alto allá y retrocede!

CORDIANI

¡Paso franco!

(Golpéale con un puñal. GREMIO cae. CORDIANI desaparece rápidamente por la cancela de la derecha, que se hallará entreabierta).

GREMIO

(Voceando).

¡A mí, socorro! ¡Pronto, a mí, acudidme!
¡Que hay en casa ladrones emboscados!

(Entra FRANCESCO).

ESCENA II

GREMIO, FRANCESCO

FRANCESCO

Gremio, Gremio! ¿Qué es eso? ¿Por qué gritas?

GREMIO

¡A mí, señor Francesco! Aproximaos.
;stoy aquí en el suelo. ¡Me han herido!
Dadme pronto favor! ¡Un desalmado,
n bergante, un ladrón, un asesino,
quien he sorprendido haciendo escalo,
ıe ha golpeado en un brazo con su daga,
ıe ha tendido por tierra y ha escapado!
in embargo, llegad a incorporarme,
ue aun puedo sostenerme y ayudaros
dar caza al bribón. No está muy lejos
además bien seguro, porque ha entrado
or la puerta de paso a los talleres,
allí no hay hueco abierto. ¡Presto, vamos!

FRANCESCO

¿Es cierto lo que cuentas o estás ebrio?
Es verdad o es ficción, viejo borracho?

GREMIO

Me injuriáis sin razón, señor Francesco.
Ii estoy, como pensáis, alucinado,
i he bebido siquiera un vaso de agua,
i me engaño ni trato de engañaros.

Mirad, de allí salió: de los balcones
de madama Lucrezia. Le vi cuando
se descolgaba y le salí al encuentro
con ánimo resuelto y esforzado.
Mas ¡ay! por mi desdicha me encontraba
sin mi espada a la mano, y él, alzando
su puñal, me dió el golpe y caí al suelo
mientras tanto escapaba a todo trapo.
¡Reparad, si podéis, cómo me fluye
la sangre de la herida, reparadlo!

FRANCESCO

¡Cómo calienta el pensamiento el vino!
Por fin me harás reir, viejo alocado.
¿Qué sangre es esa que por más esfuerzos
que hago por verla no la pongo en claro?
Tu jubón, en el sitio que señalas,
está limpio y perfectamente intacto.

GREMIO

Señor, ¿eso decís?

FRANCESCO

Calla y no quieras
embromarme ya más, ¡imbécil, sandio!
¿A quién diablos pretendes haber visto
descolgarse a estas horas al terrado
por los balcones de Lucrezia, y luego
herirte a tí, que le saliste al paso?
¿Sabes, necio, además, que ni a Lucrezia,
ni menos al marido, este relato,
si llega a sus oidos, ha de hacerles
¡vive Dios!, mucha gracia, que digamos?
Lava pronto esos ojos soñolientos

que ven lo que no miran, y hazte cargo
de que más que con zumos de colores
conviene a la salud del hombre cauto
saciar la ardiente sed con agua fría,
tomada, si es posible, del mismo Arno.

GREMIO

Bien está, sí, señor. Pero yo os digo
que lo he visto ante mí, que le he parado,
que me ha herido en el brazo con un arma,
y os digo más: os digo que me ha hablado.
¿Continuáis, pues, creyendo que estoy ebrio
o que sigo empeñado en embromaros?

FRANCESCO

Ves doble, y nada más.

GREMIO

De ningún modo,
cuando ha sido uno solo el que he citado.

FRANCESCO

En fin, ¡cierra esa boca, escandaloso!
¡Mudo te quedes para siempre, zafio!
¿Qué te has propuesto con armar estruendo
a estas horas, turbando el sueño santo
de tanto joven como aquí reposa
de las fatigas del trabajo honrado?
¿O acaso te han pagado esa ridícula,
burda invención, con la que algún nefando
proyecta mancillar la acrisolada
virtud de la mujer de Andrea del Sarto,
lanzándole a su rostro el cieno impuro

de una sospecha atroz? Dí, ¿te han pagado?
¡Responde, vil, responde! Tú aseguras
con inaudito y singular descaro,
y dando a tus palabras reticencias
tales que dejan en suspenso el ánimo,
haber visto esta noche descolgarse
de los balcones de Lucrezia al patio,
a un hombre. Y yo pregunto: ¿eres un loco
o eres un criminal? ¿Cuál es tu caso?
¿Procedes por tí propio o por impulsos
de ajena sugestión? ¿Gratis o pago?
No fuera extraño en ti, viejo vicioso,
que por dinero para vino, ¡al diablo
fueras capaz de enajenarle tu alma,
si es que aun la tienes por vender, malvado!
Habla, pues. Te lo exijo, te lo ordeno.

(Sacudiéndole).

¡Habla, zorro! ¡Habla pronto y habla claro!

GREMIO

¡Por Dios, señor Francesco, respetadme!
¡Mirad que estoy herido y me hacéis daño!
Yo os juro por cuanto hay, por cuanto existe
sobre el haz de la tierra, más sagrado,
que es verdad cuanto dije, y asimismo
que nunca por contarlo me pagaron.
¡Tan verdad, tan verdad, como he de darle
cuenta, a Dios, algún día, de mis actos!

FRANCESCO

Escucha, amigo Gremio: ¿ves mi bolsa?

(Mostrándosela).

Pues tenla para ti; te la regalo.
Puedes tomarla sin ningún escrúpulo
y sin hacer melindres ni reparos.
No será, de seguro, tan lujosa,
ni en ella encontrarás quizá otro tanto
como hallaste en aquella que te dieron
por calumniar a la mujer de Sarto;
pero acéptala, Gremio. Es mi dinero,
si no tan abundante, más honrado.
Ve a beber a mi costa y buen provecho.
Tú no ignoras que soy, de antiguos años,
discípulo y amigo del maestro,
al que me unen afectos acendrados;
tampoco pensarás, naturalmente,
que sea yo el ladrón de tu relato,
o su cómplice al menos, ni que lleve,
por tanto, comisión en lo robado;
¿no es eso, no es así? Pues bien, amigo:
como tú me conoces, tan por amplio,
conozco yo igualmente al maestro Andrea,
y sé muy bien de qué es capaz en caso
de que se entere de tu absurda fábula:
¡lo menos que hace es deslomarte a palos
y expulsarte después! Conque, silencio,
si en algo estimas tu sustento, anciano,
y te importa ingresar en el sepulcro
llevando el esqueleto en buen estado.
¡A beber, camarada! Vuelve adentro,
punto en boca y no más. Nada ha pasado,
nada viste ni oiste; nada tienes,
por consiguiente, que contar. ¿Estamos?

GREMIO

(Guardando la bolsa).

Sí, señor, sí, señor. Yo nada he visto, nada puedo contar.

(Aparte, alejándose).

Y, sin embargo, ¡le he visto, vive Dios, como he de darle cuenta estrecha, algún día, de mis actos!

(Exit).

ESCENA III

FRANCESCO, CORDIANI

FRANCESCO

(Hacia la derecha, llamando a media voz).

¡Cordiani!... ¡Eh, Cordiani!... *(Entra Cordiani)* ¡Imprudente, insensato! Aun estabas con ella, ¿verdad? ¿Y Andrea, Cordiani? ¡Andrea, tu maestro, tu amigo!...

CORDIANI

¡Me ama, Francesco, me ama! ¡Lucrezia me ama!... Nada me digas, no me reproches nada, te lo ruego. Soy culpable, lo sé, muy culpable; el más culpable de los hombres, quizá. Ciertamente, Andrea no lo merece. Pero, ¡me ama, Francesco, me ama! ¡Lucrezia me ama!...

FRANCESCO

Y luego, ¡cuidado, ten gran cuidado, Cordiani! ¡Sé cauto en tu amor! Gremio te ha visto, te ha

orprendido en un comprometido instante. Por sta vez lograste escapar sin que te conociera; ero, ¿quién te asegura que en otra ocasión no e descubra, y...? Pero, ¡Andrea, Andrea sobre odo, Cordiani! ¡Andrea, tu maestro, tu amigo!...

CORDIANI

¿Y qué sé yo, Francesco? ¿Qué puedo responer a tus censuras? Soy feliz, soy venturoso: ucrezia me ama. Un miserable, un infame, lo reonozco, no me lo adviertas. Yo te explicaré desués, más tarde, otro día cualquiera...; pero ahoa, Francesco, no; ahora, no. Nada atinaría, aunue en ello me empeñara, a decirte, a exponerte obre mi situación, sobre mi causa. Soy demasiao dichoso para razonar; sólo puedo sentir. ¡Luezia me ama!

FRANCESCO

¡Un miserable, un infame, lo reconoces! ¡Razón nía, pues, Gremio, cuando a voces te llamaba esino y ladrón! ¡Que a tus manos muere la ntura y la paz del glorioso Andrea, salteándole adorado tesoro!

CORDIANI

Oh, amigo, si supieras!... ¡Es tan hermosa ella, n amable serle amado!...

FRANCESCO

Insensato, insensato!

CORDIANI

¡Si supieras qué deliciosa opresión la de sus brazos de nieve al reclinarme en su palpitante pecho, qué vívido el fulgor de sus ojos rasgados mirándome entre la seda de sus pestañas, qué grata la suavidad de sus manos surcadas por ramas de lirios, cuando se posan en mis cabellos, qué inefable melodía la de su voz, si, apasionada, murmura a mi oido: «¡yo te amo!»... Es una vida nueva, amigo mío; una vida totalmente nueva para mí, toda divinas emociones, la que hacen surgir ante la abrasada imaginación del artista aquellos susurros de singular ternura, aquellos brillantes destellos, aquellas caricias inexpresables, el estrecharse aquel, sofocado y violento, deseando apurar su célica hermosura en un solo beso, que es a un tiempo sorbo y suspiro, como cuando de un golpe se agota la copa de elíxir!... A su lado, en la penumbra misteriosa de su camerino, bajo el halago de sus palabras tenues, viéndola abandonarse a mis requerimientos toda sumisa y amorosa, créelo, que en verdad te lo digo, me siento otro hombre, un hombre diferente, opuesto al que siempre fuera, con ensueños y con ideas que no sospechara nunca. ¡Poderoso Amor, Deidad de las Deidades, que así produces astros como transformas espíritus! A tí por entero me he entregado, sin querer reservarme nada mío, porque es tu inquietud eterna más amable y más sabrosa que la más cómoda paz; tus amarguras y tus tristezas más risueñas y más dulces que los gorjeos del maravilloso fénix; más leve y llevadera tu rigurosa tiranía, en fin, que las más amplias libertades de la ley sobre la tierra!

FRANCESCO

¡Qué exaltación! Cálmate. Hablaremos después. a la mañana avanza; el sol se eleva tras las ípulas de la ciudad. Al tiempo que él, alguien parecerá entre nosotros cuya mirada serena, turadora de tu conciencia, no te será posible resisr. Aléjate, Cordiani.

CORDIANI

Ciertamente; y no sin llevarme conmigo el ídolo e cuyo altar sacerdote soy.

FRANCESCO

¿Qué dices? ¿A quién aludes?

CORDIANI

A nadie, a nadie. Debo alejarme, dijiste; adiós ues, Francesco.

FRANCESCO

No, espera ahora. Algo te oí que instintivaente me espanta. Concluye, exprésate claramen. ¿Qué idea es la tuya? ¿Qué piensas?

CORDIANI

Pienso en aquel rincón ensombrecido
mi taller, en donde, tantas veces,
frente atormentada entre las manos,
solado y cansado me sentaba,

puesto a considerar mi triste vida,
mi estéril juventud.
Pienso en Florencia que despierta ahora:
Voy recorriendo con el pensamiento
sus calles dilatadas; veo gentes
que, engalanadas con riqueza, afluyen
a la Basílica Mayor, a misa,
y recuerdo con esto que en veinte años
no hice otra cosa sino errar sin rumbo,
como espectro que busca sepultura,
por esas calles, confundido, opreso
entre esa misma gente corrompida
que, indiferente a mi dolor, dejábame
pasar tranquilo sin decirme nada.
¡Qué época aquella de terrible hastío!
¡Qué años aquellos de infernales dudas!...
¡Cuántas noches, allá a las altas horas,
por siniestros designios torturado,
a la pálida luz de una hornacina
miré cruzar delante mí la Muerte,
brindándoseme fácil, de igual modo
que pudiera ofrecerse una ramera!...
Luego tras ella, en procesión extraña,
silenciosos pasando uno por uno,
¡cuántos vanos fantasmas del deseo,
cuántas quimeras del error y el vicio,
cuántas siluetas sin contorno casi,
de impúdicas mujeres, adoradas
un momento, no más! ¡Qué de ilusiones,
apenas concebidas, marchitadas,
apenas marchitadas, arrojadas
en el fango del Arno!... En esto pienso
con vergüenza en el alma y en el rostro;
mas después, cordialmente enternecido,
pienso también que aquel pasado ingrato
de nefanda y estúpida memoria,
es hoy tan sólo una imprecisa bruma,

una tiniebla que se esfuma lejos,
allá en el horizonte, a la manera
de un mal sueño, al entrar por la ventana
la suave luz del sol de la mañana...
Hoy, sobre tanta lúgubre rüina,
sobre tantas angustias y pesares,
sobre inconsciencia tal, e incertidumbre,
una idea se afirma, expresa y única,
alta como una torre, dulce y clara
como una estrofa de Petrarca, y lúcida
cual la gloriosa aureola de un arcángel;
un nombre de mujer lleva por nombre:
Lucrezia!... Es esta idea solamente,
el punto a que convergen mis afanes,
el descanso final de mi camino;
ella sólo, mi fuerza, mi dinámica:
o que vibra en mi ser, lo que se mueve,
o que me alienta y con vigor me impulsa.
Toda mi voluntad y mis anhelos,
odos mis entusiasmos y esperanzas,
oda mi fe, mis energías todas,
an en ella a absorberse y concentrarse,
mismo que la ingrávida miriada
e flotantes insectos, se confunde
n un rayo de sol...

FRANCESCO

¡Fatal amor el tuyo, amigo mío! ¡Cuántas lá-
rimas hará verter de amarga desventura!

CORDIANI

¿Sintió mi corazón algo hasta ahora? ¿Anidó
él una ambición fervorosa, alguna inclina-
ón irresistible hacia algo que mis ojos con-
nplaran o que mi entendimiento conociera, has-

ta que vi a Lucrezia, y por hermosa la amé y la ambicioné? No. Tú lo sabes: jamás apetecí gloria o fortuna; jamás quise correr tras el aplauso del mundo, y la opulencia, codicia de los hombres, a mí ni una sola vez logró fascinarme y tentarme. En aislamiento voluntario, humilde desconocido y pobre trabajaba, y el escaso rendimiento así obtenido bastaba a sustentarme y conformarme. Ningún esfuerzo brioso encaminado a empresas de alto vuelo intenté nunca, pues que nadie solicitaba la ofrenda de mi triunfo. Y hasta determinadas ocasiones, el alma envuelta en negro escepticismo, pensé que ni aun a Dios podría entregarla. ¡Tan poco he creído en él toda mi vida!... Hoy, cambiados los tiempos y las cosas, mi criterio cambió también con ellos. Ahora conozco la atracción del oro; ahora yo ansío conquistar renombre; ahora ya siento el religioso impulso de creer y de rezar. ¿Quieres conocer la razón de semejante metamorfosis? Ya pesan sobre mí delicados deberes, ya alguien ha puesto en mí esperanzas grandes que no pueden quedar sin satisfactorio cumplimiento; ya tengo un dueño a quien rendir tributo; ¡ya tengo un Dios a quien alzarle preces!... Por eso al muchacho abúlico y sombrío de antaño ha sucedido un enérgico hombre, pletórico de fuerza y de optimismo. Ahora soy otro. Ahora quiero vivir porque mi vida no sólo no es inútil: es precisa. Por ella, por Lucrezia. Si ella ha sido la mágica hechicera del milagro de hacer de un hombre viejo un hombre nuevo; si no es ingrato a su favor este hombre cuando a la vida resucita ahora, pone a sus pies con el amor, la vida.

FRANCESCO

Quisiera poder dirigir una ruda contestación ı eso que dices; mas, para hacerlo, me sobra ıfecto y me faltan palabras. Me eres tan caro :omo el propio Andrea.

CORDIANI

Cuando sentado ante mi mesa trazo
ersos de amor que cantan su belleza
su graciosa simpatía, súbito
a perenne ilusión de mis sentidos
a evoca tras de mí. Mírola entonces
lzarse sobre mi hombro, por leerlos,
sonreir después con complacencia,
ıientras mis labios trémulos murmuran
l eufónico nombre de Lucrezia...
.migo, te aconsejo, si algún día
res amado así, no te detengan
ingún respeto humano, ley ninguna
ue te impidan poseer la dulce prenda.
Rompe por todo y sé feliz! Y al cabo,
perecer en la demanda es fuerza;
tienes al destino en contra tuya;
está obligado que por ella mueras,
o vaciles: estréchala en tus brazos,
ale un beso y después... ¡muere por ella!

FRANCESCO

Dime, tanto y tan vehemente amor por tu parte, s de igual modo correspondido?

CORDIANI

Para entendernos nos basta el trinar de un pájaro, el balbuceo de un niño, una nota en su clave, un gesto cualquiera. Reconoce, pues, que cuando tan bien nos comprendemos, bien debemos amarnos.

FRANCESCO

Sí, así es el amor, según me han dicho.

CORDIANI

Un poco egoista, un poco cruel; esto lo sé po mí. Amo y soy amado; nada más quiero saber. E enamorado nunca analiza su amor, nunca sien te el deseo de investigar sobre su ventura. Lo grandes tratadistas de esta pasión pocas vece amaron. El amor es como un niño inocente qu saborea la fruta, ya propia o robada al cercad ajeno, sin parar mientes en que le sea o n lícito comerla.

FRANCESCO

¡Oh! Ese es un sofisma inaceptable.

CORDIANI

Mira, cuantos cargos puedas hacerme sobre m culpa, amigo mío, olvidados los tengo de habé melos dirigido a mí propio cien veces, mil ve ces cada día. El remordimiento, el oprobio, e dolor de Lucrezia, el temor de la venganza d un hombre ilustre y amado, la persecución d

a justicia..., todas esas tristes ideas han ido muchas veces de tiempo acá a aposentarse en los umbrales de mi puerta, desde donde me acechaban amenazadoras, y ninguna de ellas ni todas reunidas, te lo juro, consiguieron jamás imponer la más leve vacilación a mis sentimientos ni a mis propósitos. Al recuerdo de Lucrezia desaparecían veloces, sin dejar huella siquiera, como una aglomeración de adustas sombras se desvanece en el acto de surgir una brillante luz. Ven ahora conmigo, acompáñame a mi estudio. Tengo allí en un recinto cerrado, donde nadie ha penetrado sino yo, un busto de mi amada esculpido en un bloque de mármol purísimo, la cual obra, terminada ayer, quiero someter a tu examen y a tu juicio. Yo veo en él un extremado parecido; pero soy artista y soy amante: dos veces apasionado, pues; incapacitado, por lo tanto, para crítico. Tú me dirás sinceramente qué te parece. *(Rumor dentro).* ¿Oyes? Nuestros condiscípulos invaden ya el parque, y Andrea no tardará tampoco en llegar para comenzar la Academia. Vamos. *(Exeunt).*

ESCENA IV

LEONELLO, CESARIO

CESARIO

Con frecuencia me acometen violentos deseos de cantar, de bailar, de reir, de hacer locuras. Ahora me ataca ese vértigo. Por mí no hablaría,

lo entonaría todo; y a cada afirmación acomp ñaría una pirueta; a cada réplica una carcaj da. Mi filosofía es buena, Leonello; has de co venir en ello: cantar, bailar, reir... ¡reir siempr La verdad, no concibo cómo existe la gente t citurna.

LEONELLO

Como el melancólico tampoco se explica la al gría de los demás. Hay en tí mucha juventu Cesario; excesiva juventud, tal vez. Un poco seriedad y de corrección no te sentarían mal d todo, a mi entender. ¿Habráse levantado ya maestro?

CESARIO

Como el Papa en los Concilios, es el último llegar; el primero cuando ha llegado.

LEONELLO

¡Qué escasa animación! ¡Cada día menos d cípulos, menos entusiasmo cada vez! ¡Esta Ac demia, que fué, sin género de duda, la prime de Italia!... ¡Cuántos jóvenes de talento desap recidos, cuántas esperanzas malogradas! ¡Qué d cusiones aquellas sobre el mérito y el estilo los grandes maestros! ¡Qué acontecimiento co tituía entonces la aparición de un nuevo cuadr ¡Cuánta afición, cuanto entusiasmo reinaba!... tiempos de Rafael, la escuela, en ocasiones, co vertíase en campo de batalla. La admiración el sentimiento del arte, eran durante aque época tan intensos, tan vivos, que, transmitie do su ardor a las manos, arrojaban éstas los p

ɔeles y requerían el pomo de las espadas para ɫirimir las diferencias entre los devotos de Tié-ɔolo y los del inconmensurable Miguel Angel. Hoy ya no se admira, se cotiza; ya no se pinta, se ɔoloran lienzos. Se trabaja para vivir, en fin... El arte ha degenerado en oficio!

CESARIO

Así pasa todo bajo el sol, Leonello. A nuevas ẽpocas, otras modalidades. En cuanto a Rafael, ı quien citas, voy a manifestarte mi opinión tal ɔual es: nunca le admiré de verdad; ninguna de us muchas obras ha podido arrancarme un plá-ɘeme sincero. No me gusta nada; su Estética me ɫeja frío. Me brindó una vez un puesto en su scuela, pero lo rehusé por venir con Sarto.

LEONELLO

Era un genio, sin embargo. Eso es por completo vidente.

CESARIO

Sea, pues, un genio; mas déjenos tranquilos. o aun no he logrado definir mi gusto, pero no ɘrá él, de seguro, el modelo que me proponga. Si ıs artes mueren, la antigüedad rejuvenece y vie-e a ocupar un puesto de honor entre nosotros. a unos toques de carmín a sus flácidas y ama-llentas mejillas, y así se muestra al artista mo-erno como una Diosa nueva y adorable. Ayer ɪismo estuve viendo en casa del caballero Ve-ɾina unas estampas de Alberto Durero, que te ɘcomiendo veas también sin pérdida de tiempo.

Podrán enseñarte mucho si las estudias con interés.

(Entran los pintores, discutiendo entre ellos. Al propio tiempo ANDREA DEL SARTO, por el pabellón, seguido de un CRIADO).

LEONELLO

He aquí al maestro.

ESCENA V

(Dichos, ANDREA, los PINTORES y el CRIADO. Después, FRANCESCO, MATURINO y GREMIO, según las indicaciones del diálogo).

ANDREA

(Al Criado). Dile a Gremio que ensille dos caballos, para él y para mí, y a toda prisa. Partimos fuera de la ciudad. *(Sale el Criado).*

CESARIO

¡Salud y bien hallado, maestro Andrea! ¿Qué noticias nos traéis, qué novedades? ¿Qué sucedidos pintorescos, qué chistes ingeniosos?... Vamos, hacednos saber a vuestra vez lo que sepáis, yo os lo suplico. Rabiando estoy por asombrarme y esparcir el ánimo, sea como fuere y al precio que costare. No se repare en fórmulas ni en gastos. *(Riendo).*

ANDREA

¡Siempre de buen humor, Cesario! ¡Siempre
alegre, hijo mío, siempre alegre! ¡Envidiable per-
petuo regocijo, fruto lozano de una juventud sen-
cilla, ignorante de la preocupación y del sufri-
niento!... ¿Novedades me pides? Todo es nue-
vo. ¡Todo es nuevo en el mundo cada día! Nue-
va es la luz, nuevo el verdor del árbol, nuevo
s el aire que al pasar agita los bucles de tus
abellos; nueva es la fuerza del robusto músculo,
uevo el perfume que nos trae la brisa de las
ampiñas y de los bosques. Todo es nuevo, te digo,
xcepto el hombre. ¡Sólo el hombre envejece!...
porque se analiza y se compara, porque siente
isolvérsele energías y esperanzas, porque ve cómo
ncanece su cabeza, cómo se secan sus miembros,
ómo se arruga su rostro, piensa con criterio po-
re que todo muere con su ley mezquina. Cada
urora renace en torno suyo la Naturaleza en ví-
ida explosión de luces y de colores, en armonía
agnífica de rumores y de gorjeos. Vibran en-
nces los átomos y las conciencias, las montañas
las constelaciones con renovado vigor, como es-
emecidos e inspirados por aquel viento de Dios
ue flota sobre los mares y las llanuras; pero este
pléndido resurgir de sí mismo de todo lo crea-
, este eterno convertirse y engendrarse otra vez,
tal manera es incomprensible a los débiles
ntidos y al cansado pensamiento humanos, que
travió su razón hacia ese absurdo que llamamos
uerte. Absurdo, porque no existe, porque no
ede existir; repugna demasiado a cualquier me-
ana capacidad cerebral. Es, por el contrario
su vulgar significación, una misteriosa evo-
ción de la vida hacia la vida misma, dentro

de su Infinito. Y basta de metafísica tan de ma drugada, cuando el desayuno comienza a enfriár senos. *(A los pintores).* Buenos días, señores; bie venidos. Viejo amigo Leonello, buenos días.

CESARIO

Perdonad si os contradigo, maestro. Filosofa es bueno a todas horas, creo; singularmente cuan do de ello se originan teorías tan sugestivas tan brillantes como las que frecuentemente ex ponéis. ¿Qué opinas tú, Leonello?

LEONELLO

Opino que más hablas que trabajas.

ANDREA

Verdad, en efecto. Nuestro divertido amigo has en mal hora, contaminado del prurito de controversia sobre cualquier cosa, no tanto, s guramente, por el placer de obtener alguna curi sa deducción como por justificar de algún mod su holgazanería. La discusión sistemática, hij Cesario, no es un terreno tan fructífero com se cree; rara vez produce un brote jugoso fértil, y en cambio, abundante es la buena sem lla que en él se esteriliza a diario. Por eso recomiendo menos polémica y más obra; men argumentar, más trabajar. Somos pintores, amig mío, nada más que pintores, y a pintar debem concretarnos; pues la palabra, hablada o escrit indispensable a Cicerón o a Aristóteles, no e ciertamente, imprescindible a Leonardo o a Ti toretto. Hablen por tí tus pinceles plagiando a Naturaleza lo mejor que puedas, y reserva f

cilidades de expresión para dirigirle ternezas a la *tua donnina.* ¿Meditarás sobre esto que te digo? ¿Seguirás el buen consejo de mi experiencia? A la obra entonces sin perder momento. El Arte es dilatado, pero la vida es corta. ¡Ay, Leonello, camarada, lo que es envejecer, lo que es pasar de moda! Esta juventud, orgullosa de su siglo, nos desdeña cordialmente y substituye nuestras doctrinas por una extravagante mezcolanza de filosofía y embadurnamiento. En fin, si ello ha de ser, inútil será oponernos. Vivan enhorabuena con su nuevo siglo, que más que nuevo parece y debe ser viejísimo, remozado de mala manera, como la tarasca de las procesiones, que todos los años untan y emplastan para ocultar las lacras de su longevidad.

LEONELLO

¡Oh, pardiez! yo no me resigno como tú a tanta vaciedad y a tanto disparate. Jamás abandonaré mi espada si intervengo en discusión con esos señores. Es, con determinadas gentes, el único recurso, el argumento definitivo.

ANDREA

(Risueño). No sienta mal a tu tipo la espada, verdaderamente; pero aquella época pertenece ya a la Historia; y como, según dicen, vivimos en ésta como de favor, prudente será el conformarnos a las modernas costumbres. *(Entra Francesco).* ¡Ah, Francesco, discípulo amado! Hete ya entre nosotros; bienvenido. Pero observo que no estamos todos los que debiéramos estar; alguien nos falta.

LEONELLO

Nos falta Cordiani.

ANDREA

A él echaba de menos.

FRANCESCO

Quizás no pueda concurrir hoy a la Academia maestro.

ANDREA

¡Qué! ¿Hállase enfermo?

FRANCESCO

Creo que sí; enfermo.

ANDREA

Debe ser un malestar repentino, pues ayer a obscurecer le ví y nada en su semblante delataba malestar. ¿Será de gravedad la dolencia? Vamos a su casa. Quiero reconocerlo por mí mismo.

FRANCESCO

(Aparte). ¡Dios, qué conflicto! *(Alto).* No, no vayáis, maestro, no vayamos; no nos recibiría... Encerrado está en un aposento, del cual niégase a salir, cualquiera que sea el requerimiento que se le haga.

ANDREA

Saldrá al conjuro de mi voz, ya lo verás. Soy su maestro y su amigo, y me ama y me respeta. Vamos.

FRANCESCO

Nada lograréis. Me aseguró que quería estar solo y que a nadie en absoluto franquería la entrada.

ANDREA

¿Solo y enfermo? ¿Y no querrá verme a mí, ices, siquiera?... ¿No obedecerá a causa distinta u retraimiento? ¿A alguna sangrienta pendencia, pérdidas de juego acaso?... Vaya, habla, dime que sepas. Intimo suyo eres y para tí no uarda secretos. Desvanece mi incertidumbre.

FRANCESCO

Tranquilizaos. Nada de lo que imagináis le ha icedido. Una indisposición pasajera y eso es do; mas, conociendo su carácter extraño, no ebe asombraros ninguna actitud que adopte.

ANDREA

¡Quiéralo así el Señor, yo se lo pido! ¡Cuántas egarias al cielo tengo dirigidas por la vida de e muchacho! ¡Tan preciosa es en estos tiempos decadencia y de mixtificaciones del Arte, amis míos!... Muerto Rafael el divino, pensé que o Cordiani fuese digno de sucederle en su gloria en él fundé mis esperanzas, estimulándole a

seguir las huellas del artista soberano. Su por
tentoso poder creador y su cálido corazón au
guraban a mi designio un éxito feliz. ¡Cuánta
ocasiones, mirándole en lo alto del andamio, l
luminosa paleta presa con mano febril, la inspi
ración ardiéndole en la mirada, he sentido hen
chírseme de gozo el pecho y de entusiasmo e
cerebro, y he tendido a él mis brazos para reci
birle y estrecharle en ellos con la vehemenci
de la admiración, y le he llamado ungido, hijo d
dioses, y he besado fervoroso su frente joven
abierta, donde irradiaba la estrella de oro del ta
lento sublime! ¡Qué facilidad de línea, qué pin
celada la suya, tan certera, tan justa, qué de
rrochar fantasía, qué acumular efectos y con
trastes, sin perjuicio de la clara observación de
natural, de la veracidad del detalle y del conjunto
Cuando comparo mis lienzos con los suyos, en
tristezco de envidia; pero dando después el rostr
al porvenir, satisfecho de haber adoctrinado
ese incipiente genio, alzo mi voz para decir a l
posteridad: Poco pude hacer, es cierto; poco valgo
desmedrada y escasa es la herencia de mis ma
nos; mas he aquí que tras de mí, por mi propi
camino, puesto en él por mi cuidado y mis ense
ñanzas, llega un hombre cuya fama llenará l
Historia, cuya excepcional grandeza descollará so
bre todas las grandezas del Arte. Ese es Co
diani, mi discípulo, el hijo legítimo de mi ide
No engendré yo su estructura carnal, es ve
dad; pero su colosal espíritu nació, como M
nerva, de un pensamiento, del pensamiento mí
y así le amo como a la obra más completa qu
fuí capaz de concebir y realizar. ¡Siglos ven
deros, edades futuras, por mucho que me lo agr
dezcáis, jamás me lo agradeceréis bastante!

MATURINO

(Entrando). Monseñor, una visita os espera.

ANDREA

¿Quién es? ¿Qué quiere?

MATURINO

Monseñor, no lo sé. Sus cabellos son grises, iste un largo manto. Vos le hicisteis llamar, seún ha dicho.

ANDREA

¡Ah! Iré ahora mismo. *(Sale Maturino).* ¿Tú me seguras, Francesco, que no es nada grave lo ue tiene?

FRANCESCO

Os lo aseguro, maestro.

GREMIO

(Entrando). Monseñor, prestos los caballos.

ANDREA

Bien. Espérame aquí. *(A Francesco).* ¿Vendrá mana, le veremos mañana? ¿Necesitará algo? Inrmate y avísame. Entra ahora en casa y dí ni esposa que parto a la granja; mas, que estaré regreso a la hora del mediodía. Tú almor-

zarás con nosotros. *(A los Pintores).* Pasad a lo talleres y aprovechad las horas, señores.

(Entrase por el pabellón, y FRANCESCO por la casa. Los demás pe sonajes por la derecha. GREMIO queda solo).

ESCENA VI

GREMIO

¡Hum, hum!... ¡Y, sin embargo, le he visto Le he visto descender del balcón, saltar al sue lo, pararse a mi paso; le he visto alzar su braz armado amenazándome, y he sentido luego pe netrar en mi carne la frialdad de su puñal, qu era tamaño... Mas, ¿qué interés podrá tener el se ñor Francesco en desmentirme, en hacerme cree que vi visiones? ¡Oh! Alguno debe ser y no pe queño, cuando por mi silencio me ha pagado *(Va contando las monedas que hay en la bolsa de Francesco* Tres... cuatro... cinco... seis... ¡Diávolo, diávol bueno va! Siete... ocho... nueve... ¡bien! La pag no es floja; pensando voy que tiene razón e señor Francesco: no ha habido ladrones ni ase sinos más que en mi calenturienta imaginación Diez... once... ¡Y, sin embargo, le he visto!; per no era un ladrón ni un asesino, eso está demos trado; era... era... Si no era un ladrón ni un ase sino, ¿quién era, pues, vamos a ver, aquel hom bre enmascarado y encapuchado, que con tal s gilo y a tan intempestivas horas salía del cuarto d la señora Lucrezia, descolgándose por el balcó y apretaba a correr en cuanto le dí el alto ¡Ah, qué idea!... Pero calla, calla, Gremio; call

viejo malévolo; malicioso truhán, no sigas, no sigas por ese camino... *(Un momento, pensativo y sonriendo).* ¡Je!... ¡Sería gracioso, ja, ja!... Pero, no; no hay que suponer nada; ¡cuidado, cuidado! Tú nada has visto, Gremio. Si le has visto descender del balcón y le has oido decir... ¿Eh, qué? ¿Qué es lo que has oido decir a nadie, majadero?... ¿Pues no está ahí el señor Francesco, que es la persona de mejor juicio del mundo, que con razones de gran peso te ha probado terminantemente que nada viste ni oiste, imbécil?... Luego, una voz de mujer respondió... ¿Cómo, cómo? ¿Volvemos a las andadas, mentecato? ¿Qué es lo que había de responder la voz, si estuvo silenciosa? Aunque muy bien pudiera ser la voz de Arabella, la camarista, que anduviera por allí casualmente... Porque la verdad es que un balcón no se abre por sí solo..., ni se contesta a nadie que no pregunta. Y el balcón se abrió, el hombre habló y la voz contestó: «¡Seré a tu lado!» Eso es. Estas palabras resonaron claras en el silencio de la noche y yo pude recogerlas perfectamente. ¡Oh! En eso sí que no me engaño; lo demás, pase; pero eso... Y también estoy cierto de que esa voz no fué la de Arabella ni la de ninguna otra de las muchachas del servicio. Esa voz fué la de... ¡Silencio! ¡No fué la voz de nadie! No hubo voz, no hubo hombre, no hubo balcón abierto, no hubo fuga... no hubo más que esta buena bolsa que te dieron por callarte y que debes guardar inmediatamente. Y, pues que la aceptaste en compromiso honrado, cumple como es debido ese compromiso no volviendo a mentar palabra de aquel lance. ¡A callar te han dicho, y a callarte vas! Que el callar, muchas veces se paga mejor que el más elocuente discurso.

ESCENA VII

GREMIO, ANDREA

ANDREA

¿Qué haces, Gremio?

GREMIO

Monseñor, os esperaba. Maturino está con l caballos a la puerta.

ANDREA

Que los traiga por la cancela del jardín. *(S Gremio).*

ESCENA VIII

ANDREA

¡Imposible obtener el préstamo del judío! S plicas, palabras firmes, escrituras legales... ¡to inútil, todo en vano!... ¿Cómo podré recibir d namente a los enviados del Rey de Francia rendirles las cuentas que en nombre de su Señ vienen a exigirme? ¡Ni un escudo te queda, p bre Andrea, ni un miserable escudo en tu bol ¡Tu gran proyecto derrúmbase excavado en s cimientos por las corvas uñas de un hebreo!

más bella empresa de arte confiada a un pintor, cien obras maestras a acometer por encargo de un gran Rey, la amistad y la confianza de ese magnífico soberano, una lluvia de oro cayendo sobre tí, legítima remuneración de tu trabajo, esparciéndose después a remediar la aflictiva pobreza de tantos artistas desvalidos.... ¡cuánta gloria perdida, cuántos divinos sueños rotos y dispersos al embate de las contingencias del vivir!... La admiración de los pueblos, suntuosos palacios poblados de obras excelsas..., el sagrado fuego del Arte, próximo a extinguirse en Florencia, reavivado por tí, brillando otra vez como en tiempos de Leonardo, con gigante llamear! Francisco primero te pide cuentas, Andrea; ¿vas a entregárselas lebidamente justificadas? ¿En qué invertiste las 'uertes sumas que te anticipó para la contrata de pintores y obreros, para la adquisición de preciosidades antiguas y de los costosos materiales a emplear en la magna empresa que a tus méritos confiara?... ¿Qué responderás a ese insigne protector tuyo cuando te pregunte en qué distribuiste su dinero y cómo interpretaste y realizaste su idea? Habrás de responderle, ni más ni menos, en estos o semejantes términos: «Señor, o me ocupé un solo día en organizar requisas or las viejas tiendas de los judíos en busca de rnamentos y muebles que convinieran a vuestro usto; pero obsequié con festines a mis amigos, costa vuestra. Visité los talleres de los orfebres ajo los puentes; mas, en vez de comprarles las etustas nobles preseas que amáis, gasté vues'os fondos en joyas modernas con que enrique-er los tocados de mi esposa. No llamé a los ntores famosos de Italia para que cooperasen mi trabajo en vuestros encargos; en lugar de lo, dilapidé las cantidades que mandabais en

disponer fiestas lujosas que admiraron a la ciudad. He aquí, Señor, el empleo que dí a vuestro dinero y cómo supe hacer honor al contrato que con vos estipulé libremente. Como delincuente juzgadme e imponedme la pena que os parezca que por severa que ella fuere, Señor, en todo su rigor la merecí». Esto es lo que habrás de replicar al Rey, y con esto, esperar su repulsa condenándote. ¡Estás deshonrado, Andrea! ¡Definitiva y escandalosamente deshonrado!...

Pero, ¿has pensado bien en lo que para t significa ese concepto? Eres hoy un hombre respetado, un artista conocido, bienquisto de amigos y discípulos, admirado y adorado por una mujer ¡Una mujer!... ¡Oh Lucrezia, Lucrezia mía... por amarte como te amo haré de tí el ludibrio de las gentes, el escarnio de la ciudad! Todo el mundo se mofará de tí cuando salgas a la calle, porque para la pública maledicencia serás partícipe de mi deshonor. Y nada sabes, divina criatura, nada sospechas siquiera, y eso que fuiste tú la única causa de tales efectos. No obstante, ¿cómo culparte?.. Ni, después de todo, ¿cómo culparme yo tampoco Fuí débil solamente; carecí de energía para oponerme a ningún capricho suyo; ¿y será esto posible en el criterio de quien haya amado alguna vez? *(Pausa).* Pero el tiempo transcurre, el problema sigue en pie, y estas vanas lamentaciones no lo resuelven. Es preciso, absolutamente preciso rendir cuentas al Rey, presentarle obras y adquisiciones, o dinero.... Ambas cosas me faltan Dinero... mucho hay en las arcas de los grandes señores de Florencia; yo he visto algunas. ¡Si me atreviera!... Penetrar una noche en un palacio, forzar una puerta... Es fácil, eso es fácil... para mí, ¡imposible!... ¡Tanta riqueza acumulada allí, y mi pórtico de la Annunziata me ha valido

un saco de trigo por toda paga! ¡Espléndida paga le una obra de arte, espléndida paga! *(Llamando).* Gremio, Gremio! *(Entra Gremio).*

ESCENA IX

ANDREA, GREMIO

GREMIO

Monseñor...

ANDREA

¿Qué te sucede en ese brazo? Observo que apeas lo mueves, que no te sirves de él. ¿Qué tiees?

GREMIO

¿En este brazo, Excelencia? ¡Oh, nada! No os quietéis. Una ligera herida, un rasguño... Soy ya ejo, Monseñor, harto viejo para todo. ¡Hum! on todo, si en tal ocasión acierto a tener mi esda por allí...

gesto indicando temer haber dicho demasiado).

ANDREA

Pues, ¿quién te ha herido?

GREMIO

Ja, ja! He ahí, verdaderamente, lo difícil, Mon-or, porque... ¿Quién me ha herido, me pre-

guntáis? Y yo os respondo: No me ha herid
nadie, monseñor. No me duele nada, no me duel
nada, no me molesta; digo, ya habréis advertid
que no me quejo, ¿verdad? Es cosa baladí tod
ello, creedme.

ANDREA

¿Te has herido tú mismo, entonces?

GREMIO

No, señor; no, señor.

ANDREA

(Severo). Si tratas de bromear conmigo, impo
tuno tiempo elegiste, Gremio.

GREMIO

Monseñor, yo... ¡Oh, vive Dios, que si supie
que por ello habíais de enojaros contra mí, bu
caba ahora mismo al malvado, más que se ocu
tase en el centro de la tierra, y le daba su m
recido! ¡Ah, no, no! Conmigo pocas chanzas
esa especie, ¡voto a...!

ANDREA

¿Buscabas ahora mismo al malvado?... ¿Qué ma
vado es ese y qué te ha ocurrido con él? Refi
reme ese lance.

GREMIO

(Confuso). ¡Por vida!... No es posible con vo

está visto; sabéis sonsacar de una manera... ¡Qué buen juez hubierais hecho, Monseñor!

ANDREA

Tanta reticencia y tanto circunloquio algo extraordinario esconden, Gremio. *(Mirándole con fijeza)*. Algo que vas a descubrirme en seguida. Ea, comienza. Te escucho.

GREMIO

¡Por vida, por vida!... No quisiera disgustaros, Monseñor, pues tal vez os disguste; mas, si al fin ha de saberse, vos debéis saberlo el primero. Allá va lo sucedido, y ¡pase lo que pase!; ¡voto al diablo! Mi señor sois, vuestro pan como, os debo sinceridad. Siendo aún de madrugada, oí ruido hacia esta parte. Apresurado, arrojéme del lecho; ¿estáis?... Pesco mi linterna y mis llaves; ¿eh?... Y salgo acá, cauteloso; ¿me comprendéis?... Entonces, con la sorpresa natural en un caso así, ¿eh?, le ví descolgarse. Ahí tenéis el asunto.

ANDREA

Le viste descolgarse... ¿a quién?

GREMIO

¡Pardiez! Al hombre.

ANDREA

Al hombre... ¿Qué hombre?

GREMIO

¡Pardiez! Al que se descolgaba.

ANDREA

¿Por dónde se descolgaba?

GREMIO

Suponedlo: por el balcón. ¡Si yo le agarro, Santa Madonna!...

ANDREA

¿Por cuál balcón?

GREMIO

Sálgole al encuentro, intímole a entregarse, y, ¿qué diréis que hace el bravo sujeto? ¡Uf, cada vez que lo recuerdo!... Desenvaina su puñal y ¡zas!... ya lo veis: en este brazo. Escapó, eso sí, aprovechando el caer yo al suelo, del golpe: que si espera un poco no más.... Viejo soy y herido estaba y desarmado, Monseñor; pero aún, aún, si me espera...

ANDREA

¿Por cuál balcón se descolgaba, Gremio?

GREMIO

¿No os lo he dicho? Por uno de los balcones de las habitaciones de la señora Lucrezia. Por aquél, mirad. *(Señalando allí).*

ANDREA

¿Por el de su camerino?

GREMIO

Exacto, señor.

ANDREA

Es singular, es singular eso. *(Pausa).*

GREMIO

Como os digo, caí al suelo y dí voces pidiendo ayuda, y acudió el señor Francesco. El señor Francesco se rió de mí, llamóme visionario y borracho y me aconsejó diese un punto a la boca. Luego me regaló una bolsa con dinero.

ANDREA

¿Francesco?

GREMIO

Sí, señor. He aquí, ved la bolsa.

ANDREA

(Aparte). Del balcón de Lucrezia... ¿Francesco le ó también al hombre, Gremio?

GREMIO

No, señor. Salió después, a mis voces.

ANDREA

¿Qué traza tenía, qué aspecto presentaba?

GREMIO

¿El señor Francesco?

ANDREA

No, el otro.

GREMIO

¡Ah! No pude verle el rostro, Monseñor; llevab un antifaz... Fué cosa de un momento.

ANDREA

Extraño, extraño en verdad. ¿Y dices que e señor Francesco te recomendó silencio.... dándot esa bolsa en cambio?

GREMIO

Amenazándome, además, conque me expulsaría de aquí si algo os decía.

ANDREA

¿Que te expulsaría de aquí, yo?... ¿Qué es est qué es esto?... Dime todavía, Gremio: ¿no pu diste más que ver?; ¿no oiste nada?

GREMIO

(Dudando). Monseñor...

ANDREA

¡Ah! ¿Oiste algo? ¿Qué oiste, dime?

GREMIO

Monseñor, perdonad; sí... Vaya, oí algo, sí; pero...

ANDREA

(Presa de creciente excitación). ¿Qué oiste, qué oiste, Gremio? Habla pronto.

GREMIO

Cuando el enmascarado descendía, alguien, no sé quién, Monseñor, os lo juro..., alguien, digo, que permanecía oculto, cambió con él unas ciertas palabras.

ANDREA

¿Qué se dijeron?

GREMIO

El hombre exclamó: «En la puerta del parque, de aquí a una hora...»

ANDREA

«De aquí a una hora...»

GREMIO

«En la puerta del parque», eso es. Son sus mis-mas palabras, recuérdolas bien.

ANDREA

(Aparte). «De aquí a una hora... En la puerta d[illegible] parque, de aquí a una hora...» Sabíase que hoy e[illegible]taría yo ausente toda la mañana; ayer lo anunci[illegible] Así, pues, tratábase de aprovechar la circunstan[illegible]cia... ¡Dios!... *(Alto).* Y la voz ¿qué respondió, Gr[illegible]mio, si lo oiste?

GREMIO

También lo oí, sí, señor. La voz respondi[illegible] «Seré a tu lado».

ANDREA

«¡Seré a tu lado!»

GREMIO

Ahora, Monseñor, que no sé a cuál de las d[illegible] puertas que tiene el parque aludirían: si a és[illegible] *(por la que se descubre en el fondo)*, o a la otra p[illegible]queña, que da entrada a la casa. No sé.

ANDREA

(Después de meditar brevemente). Atiende, Gremio: [illegible] a decir a Maturino que vuelva los caballos a [illegible] cuadra; saldremos más tarde. Después toma [illegible] espada y ve a situarte oculto próximo a la otr[illegible]

puerta, ¿entiendes? a la que da entrada a la casa. Desde allí observarás lo que suceda, y si alguien, sea quien fuere, intentare entrar o salir por ella, letenle, o llama. No te dejes intimidar: yo acudiré l oirte. Pero, sea quien fuere, repito, deténle o ntreténle hasta mi llegada.

GREMIO

¿Sea quien fuere decís, Monseñor? ¿Y si fuere, or azar...?

ANDREA

Sea quien fuere, está dicho. A mí no me verás asta el crítico instante, pues conviene que me conda a fin de que me crean fuera. *(Con forda sonrisa).* Sospecho de lo que se trata; es, sin ıda, una bagatela, una frívola jugarreta. No hay ıe alarmarse. El hombre iba enmascarado, ¿eh?

GREMIO

Sí, señor.

ANDREA

Consultaré esto con Cordiani, mi fiel amigo, y me aconsejará y entre ambos resolveremos. , Gremio, a la obra. No tengas miedo, yo te pondo de que no es más que una broma. Hes de reir bastante, ya lo verás. ¡Oh! Hiciste n, hiciste bien advirtiéndome como lo has he-); ya te recompensaré como mereces. ¿Notas- algún detalle de la indumentaria del descoido?

GREMIO

Os diré... Como era casi de noche y él se es-cabulló tan aprisa... Sólo me fijé en una gran capa en que se envolvía.

ANDREA

Y la voz ¿no la reconociste? ¿Una u otra?

GREMIO

No..., no, señor... No sé... No reconocí ninguna

ANDREA

(Aparte). ¿Qué será, Dios mío, qué será? Ha-blaré a Cordiani, decididamente. El ha de ayu-darme con todo interés. *(A Gremio).* Anda, amig-mío, ve. Si te preguntaren, dí que he salido, qu-he partido solo; hazlo saber así. Confío plena-mente en tu discreción y en tu buen entendimien-to. Ve. *(Aparte).* ¿Qué será esto, Dios mío, qu-será? ¿Qué podrá ser esto? *(Sale).*

GREMIO

¡Ah! Bien pensaba yo cuando pensaba que Mon-señor no se enfadaría conmigo por decírselo, n-La prueba está en que ha prometido recompen-sarme y todo. ¡Bien, bueno va!... En cuanto este dinero del señor Francesco, ¡diávolo, di-volo!, va pareciéndome que no es tan honrad-como él decía, y no sé por qué me lo pare-así, en verdad lo digo. Pero, ¡paciencia!; que pro-to hemos de saber a qué atenernos, y si con-tituye o no caso de conciencia esta bolsa, si deb

estituirla o quedármela bonitamente. *(Entran Lurezia y Arabella).* Aquí viene la señora Lucrezia on su camarista. Voime a mi puesto.

ESCENA X

LUCREZIA

¿Dónde está el señor, Gremio?

GREMIO

Camino de la granja, señora, si no ha llegado. a buen tiempo partió allá.

LUCREZIA

¿Cómo no le acompañaste tú?

GREMIO

No lo sé. Ordenóme que me quedara.

LUCREZIA

¿Fué solo, entonces?

GREMIO

ʼí, señora. *(Sale).*

ESCENA XI

LUCREZIA

ʼunca más volveré a verle.

ARABELLA

Señora, perdonadme; soy vuestra fiel cria Habéisme confiado por entero vuestro desig os miro pronta a ponerlo en ejecución, a huir vuestro hogar; y, sin embargo...

LUCREZIA

Y, sin embargo, Arabella...

ARABELLA

Y, sin embargo, no puedo creerlo...; ¿qué q réis? no puedo creerlo.

LUCREZIA

En breve abandonarás la duda por la ce dumbre.

ARABELLA

No tengo autoridad para disuadiros, ni siqui para aconsejaros, señora. Por otra parte, me co céis bien; sabéis cuán adicta os soy, incapaz traicionaros por nada del mundo. Ni censu pues, ni traiciones temáis de mí. Pero, a cam de tanta devoción a vuestra persona, habéis permitirme una pregunta que quiero haceros: ¿ béis reflexionado suficientemente sobre el gr paso que vais a dar?

LUCREZIA

No. Por eso voy a darlo tan decidida.

ARABELLA

Permitidme todavía: ¿No os causa aflicción verdadera dejar a un amante esposo, fácil a todo sacrificio por complaceros; renunciar a un hogar risueño, renunciando con él a una vida tan brillante, tan regalada, tan feliz, como esta que disfrutáis? Desconocéis el egoismo, sin duda.

LUCREZIA

No, por cierto, Arabella: no lo desconozco. Por el contrario, mi sentimiento aparece cuando considero tanto bien como pierdo, tantas satisfacciones a que renuncio. Voy a abandonar, como justamente dices, un hogar risueño, una existencia amabilísima, toda llena de placeres y suntuosidades; desdeño a un esposo ilustre, quiebro de un golpe el sagrado lazo que me une a él y me declaro rebelde ante el mundo y ante Dios. ¡Grave delito, imperdonable pecado; es verdad! En una hora seré desposeída de mi rango, de la consideración de las gentes; del honor, preciada gala y ornamento de una dama. Todo esto sé que pierdo, y todo esto deploro perderlo. Mi amante no pierde nada; es libre y solo, no rompe compromisos con nadie, no rescinde juramentos, no vulnera leyes; pues a pesar de ambas tan diferentes situaciones, posible será que no se entregue él a la aventura con tanta serenidad y tanto denuedo como yo. No soy inconsciente de mis actos; pero el amor a otra parte me llama.

ARABELLA

Antes preguntasteis a Gremio por vuestro esposo. ¿Por qué lo hicísteis, señora?

LUCREZIA

Porque hubiera gustado de verle una vez má

ARABELLA

¡Pluguiera a Dios le hubierais visto!

LUCREZIA

No, no pienses nada. Su presencia en tan s
lemnes momentos no me habría hecho volver
mi resolución, ni vacilar siquiera. Profeso afecto
Andrea; mentiría si otra cosa dijese. Pero ni
proceder hipócritamente ni puedo amar a media
Mis amores, como mis odios, han de ser totale
a vida o muerte.

ARABELLA

¡Admirable sois, señora! Admirable, mas peligr
sa. No os enojéis si os lo digo: tal vez vuest
belleza sea una obra funesta.

LUCREZIA

Mucho lo temo también, Arabella; pero, sile
cio ahora. Cordiani va a llegar, quizás espera
en el sitio convenido. Tú vendrás conmigo, ¿v
dad? Has prometido seguirme.

ARABELLA

Y la promesa os renuevo. Os seguiré a dond
quiera que vayáis.

LUCREZIA

Mírame; ¿estoy bien peinada? ¿Heme chafado algún encaje del corpiño? Antes lloré; esas ágrimas, ¿habrán restado brillo a mis ojos? ¿Voy lemasiado pálida? ¿Le agradaré así mejor, tú crees? ¡Oh, hele ahí que se aproxima, he ahí que viene, Arabella! Ven, salgámosle al encuenro.

(Entra ANDREA. Sorprendidas y temerosas, ambas mujeres retroceden).

ESCENA XII

Dichas, ANDREA

ANDREA

Buenos días, Lucrezia; esposa, Dios os guar. De cierto, no esperabais verme aún por acá estas horas. He demorado mi marcha hasta tarde. ¿He venido a importunaros? ¿Os digíais al jardín? Seguid vuestro camino. Pero, cidme antes: ¿almorzaremos juntos hoy?

LUCREZIA

Sí, seguramente... Es decir, vos lo dispondréis.

ANDREA

Es tan escaso el tiempo que mi trabajo me pere dedicaros! Pesaroso estoy de ello. No porque a vos se refiere solamente, sino también por

lo que atañe a mí, pues vuestra presencia m endulza muchas amarguras, y sólo a vuestro lad olvido y gozo. ¡Oh, sí, creedlo! Si la fatalida os arrebatara de mí, no quiero pensar lo que c mí sería. ¡No quiero pensarlo, Lucrezia! Com miro por vuestros ojos, si los apartáis de mí m habréis privado de ver.

LUCREZIA

¡Cuánta tristeza en esas palabras y en vue tro rostro, amigo mío! ¿Qué tenéis? Ayer est bais de excelente humor. ¿A qué obedece ese bru co cambio?

ANDREA

Hay alegrías más tristes que la propia tristez esposa, y no es raro ver florecer una sonrisa e labios del apesarado.

LUCREZIA

No sé por qué habéis de estarlo vos. A prop sito: ¿os han entregado una carta? Los com sionados del Rey Francisco llegarán mañana aq tengo entendido.

ANDREA

Mañana, ¿verdad?

LUCREZIA

Creo que sí. ¿No los esperabais? Parece q os desagrada la noticia.

ANDREA

No. Desagradarme, ¿por qué? Los recibiré com-lacidísimo. ¿No estoy, acaso, en la más prós-era situación de saldar mis cuentas con el gran ey? Vengan cuando gusten esos dignos envia-os, que les satisfaré plenamente. *(Rumor tumul-oso fuera).* ¿Qué es eso? ¿Qué sucede allá?

ESCENA XIII

chos, CORDIANI. CORDIANI entra precipitadamente, el rostro demudado y los vestidos en desorden, como quien acaba de sostener un fiero cuerpo a cuerpo).

ANDREA

Cordiani! ¿Qué? ¿Qué ha sido?... ¿Qué signi-a esa entrada violenta, ese desorden en tus ɔas, esa mortal palidez en tu semblante?

LUCREZIA

Aparte, a Arabella). ¡Ay, Bella, descubierta y muer-soy!

ANDREA

espóndeme, muchacho. ¿Has reñido? ¿Hay que darte? ¿Necesitas el concurso de mi espada? nos a donde sea menester. Pero antes habla, ex-ame... Tu palidez me impone miedo. Quedaste nóvil como una estatua.

CORDIANI

(Con inmensa turbación). Maestro, venía a hablart venía a decirte... No sé... No recuerdo ya lo qu fuera...

ANDREA

¿Qué hiciste de tu espada? ¡Oh, vive el ciel Confiesa que algo excepcional te ha ocurrido. ¿H llaste enfermo, hombre? Te conduciremos a casa o quedarás alojado aquí, lo que prefiera *(Pausa. Cordiani persiste inmóvil, fijos los ojos en tierr* ¿Por qué no me contestas, Cordiani, amigo mí ¿Es quizás, la presencia de estas mujeres lo q te impide hablar? Ven, entonces; ven conmi aparte. *(Tomándole las manos, retírase con él a un lad* Ahora díme lo que sea, cuéntame qué te aco tece, hijo mío. Estás convulso, tiemblan tus m nos. Habla, hijo. Cualquiera que sea la forma que precises mi ayuda, la tendrás, yo te lo f Sepamos, ¿qué es ello?

CORDIANI

No sé, Andrea; no lo sé. En busca tuya ven pues tenía que hablarte. Venía acalorado; algui no sé quién, cruzóse a mi paso y... No sé m no puedo decirte más, Andrea. ¡Déjame!

ESCENA XIV

)ichos, LEONELLO y CESARIO. Después MATURINO, los PINTORES y los CRIADOS).

LEONELLO

Andrea, Gremio ha sido asesinado a la misma puerta de tu casa.

ANDREA

¿Asesinado... Gremio?

CESARIO

Sí, maestro; allí está su cadáver, aún caliente. el asesino se ha guarecido aquí, pues hanle sto atravesar el jardín a toda prisa. No le deos tiempo a huir; registremos por todas pars.

ANDREA

¡A las armas! ¡Acá mi gente, mis criados! ¡Acá do el mundo. *(Entran los Pintores y los Criados, todos n sus espadas. Cordiani desaparece entre el tumulto).* ¡Rerred el parque y la casa, cerrad puertas y entanas, tomad todas las salidas! ¡Gremio ha sido uerto por un asesino! *(Salen por diversos sitios alnos personajes).* Mi espada, mi espada, ¿oís? ¡Dadme mi espada, oís? ¡Dadme mi espada! Leonello, na espada cualquiera!

LEONELLO

No, tú permanece aquí. Yo te respondo de la captura del criminal. *(A los demás).* Vamos, amigos.

ANDREA

¡Calla... esperad! ¿Quién ha ensangrentado mis manos?... *(Pausa).* Leonello, hijo, hijo mío, no le busquéis ya, no busquéis al asesino. Alejaos, salid, dejadme. *(Salen todos. Andrea, mirándose las manos, retrocede hasta uno de los bancos que hay dispuestos en la escena).* Quien tiñó en sangre mis manos, sangre traía en las suyas. ¡Y fueron las manos de Cordiani las únicas que he estrechado hoy! ¡Las manos de Cordiani, el amigo, el predilecto mío!...

(Déjase caer con desaliento sobre el banco. Cruza los brazos, inclina la cabeza y rompe a llorar).

Fin de la Jornada Primera

JORNADA SEGUNDA



La misma decoración de la Jornada Primera

ESCENA PRIMERA

CORDIANI, MATURINO

CORDIANI

¿Quiere hablarme?

MATURINO

Sí, señor; a solas con vos.

CORDIANI

Dile, pues, que le espero. *(Sale Maturino).*

ESCENA II

CORDIANI, FRANCESCO. Después LEONELLO y CESARIO

FRANCESCO

Cordiani...

CORDIANI

Ah, Francesco! ¿Qué? ¿Qué me quieres?

FRANCESCO

Decirte, por mi parte, que abandono a Andre
y, por lo que a tí respecta, que nada sabe, o, si
alguien sospecha, no es de tí, precisamente. Afi
ma que conoce la causa de la muerte de Gremi
pero a nadie señala. Está tranquilo, pues, ya q
nada podrá probársete.

CORDIANI

¿Es eso cuanto tenías que decirme?

FRANCESCO

Y, además, que reflexiones mucho y no desoig
los consejos de la razón.

CORDIANI

La razón eres tú y a tí me atengo. *(Entran L
nello y Cesario).*

LEONELLO

Amigos, ¿concebís algo de lo que le sucede
maestro? ¿Os explicáis su extraña actitud, su pr
ceder desconcertante? Prohibir toda pesquisa e
caminada a descubrir al asesino, no querer
nada del execrable suceso, dejar sin venganza
pobre viejo, honrado y leal servidor de su ca
tantos años..., ¿cómo se entiende todo esto? ¡Vi
el cielo! ¿Lo entendéis acaso vosotros? ¡Un ho
bre tan bueno, tan excelente carácter, todo afec
a él, todo devoción a su persona y a sus interes
casi su padre, que cuando niño tantas veces
meciera sobre sus rodillas!... ¡Ah, Dios mío!

digo por vituperarle; pero os aseguro que yo
su lugar, en el lugar de Andrea...

FRANCESCO

¡Silencio, Leonello! Hombres como él, deben es-
r sobre todas las censuras.

LEONELLO

No le censuro, Francesco; sólo no comprendo
ie se deje impune semejante crimen. No hubiera
lo difícil dar con el asesino a poco empeño que
isiéramos, y si Andrea no quería comprometer
buen nombre de su casa evidenciando el he-
o al recurrir a la autoridad pública, cualquiera
nosotros, creo yo, no habría repugnado en-
rgarse de hacer una bella justicia. Por mí lo
blo, y tómense en cuenta mis palabras si la oca-
n se presenta.

CESARIO

En cuanto a mí, camaradas, me despido de esta
ademia. Pensaba no continuar por mucho tiempo
s mis lecciones en ella; pero lo acontecido hoy,
lera mi deserción. Venga aquí el que lo desee.
me traslado a los talleres de Pontormo.

LEONELLO

Yo no. Yo no cambio de maestro. Con Andrea
endí, con él me quedo.

CESARIO

a no se ofrecen aquí alicientes a los jóvenes.

En el estudio, casi desierto, reina una serieda que se parece mucho a la tristeza de un sarc fago. Se recoge al entrar en él la impresión fu nebre de que algo ha muerto allí, que es, e efecto, la fama de Andrea. Ya no tenemos aqu llas alegres modelos que teníamos antes: Gi lietta, Venusina, Laldomina, Porcia... Todas va ahora a casa de Pontormo, y con ellas much más, nuevas, apetitosas, divertidas, fáciles... ¡Qu Academia aquella, si supierais!... Allí se cant se danza, se bebe... Se disputa, se ama... Resue tamente, Leonello, adiós. Adiós, amigos. Anima a seguir mi ejemplo. *(Sale).*

LEONELLO

En fin, ¡un ingrato más! Vaya él con Dios diviértase cuanto pueda.

FRANCESCO

Tergiversas el concepto, Leonello. No es i gratitud, sino juventud, lo que de aquí le ale

(Entra ANDREA. Al verle, FRANCESCO y LEONELLO salen).

ESCENA III

CORDIANI, ANDREA

ANDREA

(Desenvainando su puñal y mostrándoselo a CORDIANI. Este pó en pie al aproximársele).

¿Ves este puñal, Cordiani? Si te lo sepulta hasta las guardas en el corazón, tendiéndote a n

es sin vida, y arrojara luego tu cadáver al Ar-
), como se hace con los de los malhechores
nguinarios, ten por cierto que podría presentarme
espués ante la sociedad con la serena dignidad
un juez que acabara de dictar y hacer cum-
ir una sentencia justa. Que en rigor no habría
uerto a un hombre: habría ajusticiado a un reo

CORDIANI

Es verdad, Andrea; y si esa es tu voluntad,
edes hacerla.

ANDREA

Me asiste ese derecho. Tu vida, por diferentes
nceptos, me pertenece.

CORDIANI

Y no te la niego. Por el contrario, me someto
signado al sacrificio.

ANDREA

Crees que temblaría mi mano al herirte? No,
seguro. Golpearía tan firme y tan certera como
tuya cuando asesinaste a mi pobre criado, al
graciado Gremio, víctima de su fidelidad a mí
ves que te he descubierto, ya ves que te se
o, ya oyes que te acuso... Tú le mataste, pri-
dome de ese leal amigo, de ese verdadero ami-
quizás el único que tenía; más valioso para
por eso mismo. Tan amigo mío era, que por
murió, por defender mi causa. Así, compren-
ás que, en recta y buena reciprocidad, debo

vengarle, satisfaciendo a su muerte con la tuy haciendo escoltar por el tuyo su cadáver en marcha al camposanto. Vamos, ¿traes contigo espada? Yo tengo la mía. ¿Estás dispuesto a co batir conmigo?

CORDIANI

Haré lo que me mandes.

ANDREA

Siéntate y escúchame todavía. He de habla con reposo. *(Pausa breve).* En gran parte cono mi vida tan bien como yo mismo. Nací pobre, sabes, y en realidad pobre soy; tal vez más bre hoy que cuando nací, pues nací con hon y hoy es posible que me falte. El lujo que rodea no lo ganaron mis pinceles; la ostentac con que vivo reconoce un origen criminal, puro: he malversado un sagrado depósito c fiado a mí. *(Cordiani le mira con sorpresa).* Sí; din del Rey de Francia. Pero, atiende aún. Solo obscuro, después de tantos insignes predeceso después del glorioso Sandro y del inmenso fael, miro derrumbarse el Templo del Arte a guo, cuyas llaves recogiera de manos del ma tro de Urbino, sin que basten mis desespera esfuerzos a contener la catástrofe. Cierto que Ro y Venecia aún florecen; pero nuestra patria caído en tan miserable decadencia, que no brá poder de genio que alcance a redimirla Las buenas escuelas languidecen, los bellos tilos de los clásicos se desprecian o se olvid y a las vigorosas iniciativas personales de an va sucediendo el amaneramiento frío, la medic rutina de los pseudo-artistas de ahora. Conc

en considerado todo esto, ¿no te parece que ebe significar algo para un hombre que ha vido tantos años de su Arte y para su Arte, erlo desaparecer de tan lastimosa manera, cociendo que, fatalmente, aquella desaparición acaeará la suya? Mis talleres dejan de concurrirse, s muchachos huyen de mí, nada quieren conigo, afectan no saber que existo siquiera. Essean los encargos, los ingresos disminuyen, y protección de los grandes, interesada y mezina, más obliga que ayuda al menesteroso. No e quedan discípulos ni esperanzas. Por otra par- mi salud, harto maltrecha de tiempo acá, vuélse de día en día más delicada, más difícil de stener. Mis miembros vacilan, mi ánimo deslece; una ligera ráfaga de otoño estremece mis ras con dolorosa rudeza y me postra febril. to proviene de aquello, es evidente: anulado el te concluye el artista, como extinguidas las ilunes perece el hombre. ¡Oh, si vieras, si vieras ántas veces, en el transcurso de una prolonla noche de insomnio he dirigido los ojos y crispada mano a este mismo puñal colgado su tahalí a la cabecera de mi lecho, deseando bar, deseando morir!...

CORDIANI

Andrea, Andrea, no digas eso!

ANDREA

Y sabes tú, quieres saber quién detuvo siem- la mano suicida en el siniestro ademán, al nudar el arma? ¿Quieres saber quién, con sólo débil suspiro o una entrecortada palabra lanzaen sueños, ponía fin en un momento a mis du-

das, reintegrando el sosiego a los agitados ne
vios, la calma y la resignación cristiana al co
turbado corazón? ¡Ah! Si hombre alguno algu
vez amó tan intensamente que llegó a perder
espíritu en la grandeza de su amor, hasta ena
nar de sí propio la propia voluntad, y con e
las ideas y los sentimientos propios, todo, en s
ma, cuanto constituye la personalidad, la ese
cia, el ser, hasta reducirlo, por decirlo así,
una sombra de la criatura amada, dócil a ella c
mo la sombra corpórea al objeto que la produ
ese hombre fuí yo, ¡soy yo todavía, Cordia
Por ella, por Lucrezia, por esa ingrata muj
adquirí fama, queriendo ofrecérsela con mi am
como un realce valioso de él, como un precio
cofre dorado, donde se contuviera una invalua
joya. Ella me inspiró valor para batallar, co
fianza y temeridad para vencer tantas dificul
des, para salvar tantos obstáculos como he vi
aparecer en mi camino. Una sonrisa suya, u
frase, una opresión de sus manos, han basta
en cien ocasiones a reanimar al decaído luchad
al combatiente agotado por supremos esfuerz
Su contacto, vivificándome, infundíame nuevos
mayores bríos. ¡No de otro modo, Anteo, el e
migo de los Dioses, surgía más pletórico, m
viril, cada vez que en su caída tocaba la Tier
Por satisfacer un capricho suyo, habría yo
calado los cielos y arrancado de ellos la m
radiante de sus estrellas para prenderla en
cabellos; y descendiera al seno de los mares a b
car la más bella perla con que adornar su g
ganta blanca y suave. Ante nada he retroced
por complacerla. Ese desfalco realizado en
cuantiosos fondos que el Rey Francisco dep
tara en mi poder con destino a la adquisición
Arte y antigüedades, y que inútilmente vend

reclamarme mañana en su nombre, obedece por
tero a sus costosas exigencias. Por ella he sido
sleal, delincuente; por ella me veré pública-
ente deshonrado, si es que tantos y tan grandes
lores no impiden dilatar mi vida hasta impo-
rseme y sufrir atroz afrenta. A evitarle las amar-
ras de la pobreza tendieron mis incesantes afa-
s; quise hacer de su existencia una fiesta fas-
osa donde nada faltara al regalo de los sentidos;
a este fin trabajé sin descanso, sin concederme
guas ni selecciones, aceptándolo todo y a cual-
ier precio; a precio inverosímil multitud de
ces, con tal de no contrariarle un placer, de
regatearle un gusto. Y, cuando lo ganado hon-
damente por el máximo excederse del artista,
alcanzó a cubrir las alarmantes cifras del fa-
liar presupuesto... ya sabes lo demás, ya sabes
lo. La vi enojarse un día, fuí débil, no pude
istir la tentación y claudiqué indignamente. Por
a lo hice y sólo por ella; por colmarla de
nestar y satisfacciones, por seguir viéndola reir
hosa y agradecida en medio de los halagos
la opulencia, siquiera fuese a tan elevada costa
no se verá pronto. Y resulta que esa mujer, en
trágicos momentos para mí... esa mujer, esa
jer... En fin, dime, Cordiani: ¿vas dándote cuen-
de lo que ha hecho esa mujer, de lo que am-
s hicisteis conmigo?

CORDIANI

(La voz velada por las lágrimas). ¡Andrea, Andrea!...

ANDREA

Ah! lloras, lloras, ¿verdad? Pero, ¿lloras por
o lloras por mí, Cordiani? Oye, quiero pe-

dirte un favor. Gracias a Dios soy valeroso, pu habiendo caído el rayo sobre mí, hiriéndome e el alma, nadie afirmará haberme oido exhalar u lamento, proferir una queja de dolor. Si el agr vio que me inferiste fuera público, a estas hor habrías muerto a mis manos; el mundo otor al esposo ofendido la vindicación por sí propi Al que todo lo perdió, he aquí la grata compe sación que la sociedad concede. *(El puñal).* T es la sublime justicia de los hombres.

CORDIANI

¿Qué exiges de mí?

ANDREA

Si penetraste mi pensamiento, comprenderás q no es mi designio acogerme a ese derecho comú ejercitando la sublime justicia. Rehúsola franc mente, porque no quiero, mientras ello sea po ble, añadir nueva sangre a la ya vertida. Trato conciliar con tu castigo mi sufrimiento y mi di nidad en forma que, siendo definitiva, cause menor daño que pueda, y te propongo el alej miento para siempre de aquí, una separación un silencio perpetuos entre los dos. No sé si herida que recibí será susceptible de curació mas yo procuraré cauterizarla aplicando toda voluntad a olvidarlo todo, y si tu arrepentimie to sincero coincide en ayudar a mis propósit quizás algún día recuerde esta triste jornada co pasada en sueños, como si no hubiese tenido ex tencia real entre las demás. Así soy yo, Cordia Hombre de temperamento pacífico, inclinado perdón y a la conmiseración, infúndenme insup rable espanto las violencias. En esta poqued

carácter radican, a no dudarlo, mis yerros
nis penas; mas, no siendo en mi mano reme-
rlo, ¿qué hacer sino aceptar las funestas conse-
encias originadas? En conclusión, mi deseo está
presado. ¿Quédate alguna réplica que oponerle?

CORDIANI

Dios mío, Dios mío!

ANDREA

Te asombra mi heroismo? También asombraría
mundo si llegara a su conocimiento. Conforme
con la opinión de que cuando la vida que-
desprovista de finalidad, es inútil conservarla
pertinente desaparecer, dejando libre el cam-
Y esto haré yo si la certidumbre de lo irre-
able de mi desventura se me presenta de una
categórica y terminante. Hasta entonces... Es-
hecho a la paciencia. Mira, para conseguir
erme amar de Lucrecia, seguí incansable sus
os años enteros, y tanta obstinación puse en
empeño, con tanto ardor y tanta vehemencia
eguéme a él, que más de una ocasión me figuré
haber nacido sino para esclavo suyo o vigi-
e a su servicio. Fué ejemplar insistencia de ena-
rado, y más a esa insistencia que a mí mis-
sospecho debió rendirse la asediada hermo-
Y ahora, repara bien en lo que sigo dicién-
: Hoy, perdida cuando más segura la creía,
ndo más dueño de ella me consideraba, cuan-
la certeza de su amor era, para mí, un dog-
de fe, algo incompatible con el entredicho y
luda, ¿piensas que desmayo al hacer patente
raición, reconociendo así la esterilidad de tan-
abnegaciones, de tanta idolatría, de devoción

tanta, consagradas a eternizarlas recíprocas? ¿Cre
que he de darme por vencido aun viéndome d
rribado a vuestros pies por la fuerza de vuest
locura, y que renuncio a ella, por más que, mirá
dola distanciarse veloz, la contemple ya casi t
inaccesible como un astro confinado en las lej
nías del firmamento? ¡Oh, no! Con aquella mi
ma desesperada energía con que el náufrago a
la tabla desprendida del deshecho bajel, único r
curso de salvar su amenazada vida, el alma am
rosa, batida por los ultrajes del desamor, ap
siona la última débil esperanza de ganar su ca
sa, y con ella se elimina. ¿Qué?... ¿Habré de c
menzar de nuevo la ardua peregrinación de a
taño y rehacer y redoblar esfuerzos y pertin
cia para restituírmela..., para volverla otra v
a mí? Pues lo haré, y no con menores bríos
¿Quién sabe las sorpresas que oculta un coraz
de mujer? ¿Quién es capaz de sondearle y lim
tar su fragilidad y su inconstancia? ¿Quién
atreve a predecir su gusto cada día? ¿Quién as
gurará que, en uno de ellos, no pueda tanto
Lucrezia el noble amor por el esposo, como el err
o el capricho por el amante?

CORDIANI

(Tras un silencio). ¿Cuándo debo partir?

ANDREA

Un caballo te espera a la puerta. Te doy u
hora. ¡Adiós! *(Ademán de salir).*

CORDIANI

Andrea... ¿no me dejas estrechar tu mano?

ANDREA

(Volviendo sobre sus pasos). ¿Mi mano... a tí? ¿Por ıé? ¿Te he dirigido alguna injuria, llamándote lso amigo, por ejemplo, traidor a un juramento nto, o hipócrita desleal? ¿Te ofendió alguna de is palabras, te hirió alguno de mis conceptos? arte la mano implicaría una reconciliación, lo ıe supondría, consiguientemente, un violento esdo de ánimo entre ambos...; y yo, por mi parte, ınca te quise mal, Cordiani; nunca sentí hacia animadversión alguna. Por Dios te juro que ɔr nada te guardo rencor.

CORDIANI

(Casi arrodillándose). Andrea, en nombre del cie- ¡tu mano, tu mano!

ANDREA

En fin, no puedo. Antes me las manchaste de ıgre. *(Sale por el pabellón).*

ESCENA IV

CORDIANI, MATURINO, Luego, FRANCESCO

CORDIANI

(Llamando). ¡Maturino!

MATURINO

(Por la puerta de la casa). Señor...

CORDIANI

Toma mi espada y mi capa y llévalas a puerta pequeña del jardín.

MATURINO

¿Partís, Excelencia?

CORDIANI

Sí. *(Entra Francesco).*

FRANCESCO

Acaba de decirme Andrea que te vas, Cordiani. ?or mucho tiempo?

CORDIANI

Sí... Es decir, no lo sé. *(A Maturino).* ¡Eh, Matu- no, despacha! Estoy de prisa.

MATURINO

Al instante, Excelencia. *(Sale).*

FRANCESCO

Entonces, adiós. Adiós, amigo mío.

CORDIANI

Adiós, Francesco. *(Pausa).* Escucha: quiero en- garte un recado. Si esta tarde la ves... Esta de o mañana... cuando la veas, vamos...

FRANCESCO

A quién, Cordiani? Si veo ¿a quién?, ¿qué?

CORDIANI

ada, nada ya. Mejor será así. Vete si quieres, . No te necesito. *(A Maturino, que vuelve)* ¿Listos Maturino?

MATURINO

uando gustéis, señor. ¿He de acompañaros?

CORDIANI

Sí. Ve, ya te sigo. *(Da algunos pasos tras él y vuel rápidamente).* Y, sin embargo, ¡no puedo! ¡Por Cri to vivo, no puedo, Francesco! Hay algo superio a mis fuerzas que me impide abandonar esta cas reteniéndome como encadenado en ella. ¡Oh, s Prefiero, mil veces, morir aquí, no importa cóm ¡Pálidas estatuas, sombrías alamedas, viejos á boles, testigos mudos de tantas tribulaciones mía de tantas inquietudes!: ¿cómo podrá ser que deje, sin esperanzas de volveros a ver jamás Tierra que por mis manos he ensangrentado, ¿c mo habrán de separarme de tí, tierra querid si me unen a tí vínculos tan fuertes, tan indis lubles como los vínculos de la sangre?

FRANCESCO

¡Cordiani!

CORDIANI

Dime tú, Francesco, dime tú: ¿a dónde iré, qué punto encaminaré mis pasos que no esté apo tado, esperándome, la muerte? Pues si he de h llarla en cualquier parte, ¿qué más dará aq mismo? ¿Recuerdas lo que ha poco me decía No quise escucharte entonces porque amaba s dolor; ahora...

FRANCESCO

¿Ahora?... *(Aparte).* ¿A qué alude todo esto? ¿H brá sucedido algo nuevo? *(Alto).* Oye, Cordiani...

CORDIANI

¡Calla! Oigo su voz aproximarse; oigo también voz de Andrea. Vienen hacia acá, sin duda. Ven, uyamos. Trataré de verla, siquiera por última z. *(Exeunt).*

ESCENA V

ANDREA, LUCREZIA

ANDREA

Pueden jactarse nuestros amigos de saber
cerse esperar, ¿no opináis, Lucrezia? Y ahora
reparo en vos, ¡qué pálida estáis! ¿A qué se de
¿Tal vez a la emoción producida por la des
trosa muerte del pobre viejo, del infortunado G
mio?

LUCREZIA

No puedo negarlo, amigo mío. El trágico final
ese buen hombre hame sobrecogido profundam
te...

ANDREA

¿Cómo no lucís hoy vuestras sortijas? ¿No
satisfacen ya las que tenéis y deseáis reno
vuestro joyero? ¡Ah! Sin embargo, una llev
Y esta no la conozco yo. Esta no os la he re
lado yo, me parece.

LUCREZIA

Le apreciaba mucho, creedlo. Era un sim

co anciano, muy servicial, muy alegre; muy hon-
do, sobre todo. No le olvidaré pronto, cierta-
ente.

ANDREA

Dejadme ver esa sortija, Lucrezia. ¿Es un re-
lo? Permitidme admirarlo.

LUCREZIA

Es un presente de mi amiga Lorenza Strozzi.

ANDREA

Pues no son éstas sus iniciales, ni las vuestras
npoco. *(Examinando la joya con atención)*. Es admi-
ble, admirable; pero fragilísima por su deli-
da construcción. Muy frágil, muy frágil, extra-
dinariamente frágil; tan frágil que... ¡Ah, Dios
o! ¿Veis? Sin querer os la he quebrado.

LUCREZIA

¿Qué habéis hecho? ¿Por qué la rompísteis, An-
ea?

ANDREA

in querer fué, de veras. ¡Qué lástima!, ¿verdad?
s tanto más sensible cuanto que no tiene arre-
. ¡Una construcción tan delicada, tan fina!

LUCREZIA

ueno, ¿qué hemos de hacerle? Devolvedme los
gmentos, hacedme el favor.

ANDREA

¿Para qué? El más hábil artífice no hallar manera de reconstruirla. *(Arroja los restos)*. Perd nadme haberos causado este pesar. Involuntar mente ha sido, os lo repito.

LUCREZIA

¡Bah! No os preocupe más.

ANDREA

¿Habéis invitado a mucha gente a almorza ¿Tendremos una mesa animada?

LUCREZIA

Vendrán los habituales únicamente: Frances Leonello... Cordiani...

ANDREA

¿Cordiani también? Es claro. *(Pausa)*. No acert a figuraros cómo me aflige el recuerdo de G mio y su siniestra muerte. No ceso un momen de pensar en él.

LUCREZIA

Es natural vuestro sentimiento. Su mujer vuestra nodriza, él vuestro ayo... Erais su hijo, cierto modo.

ANDREA

Después de todo, ¿a qué llevar al extremo la
icción? ¿No es natural también perder un pa-
e, un amigo, una felicidad, un bien cualquiera?
Iay nada más corriente que oir decir en la pla-
: Tal ha muerto, tal otro se arruinó, el de más
á será condenado por la justicia? ¡Oh, qué
scria es el mundo, Lucrezia! Todo en él es tris-
a y desolación.

ESCENA VI

Dichos, LEONELLO, FRANCESCO y después ARABELLA

ANDREA

He aquí a Leonello y a Francesco. Amigos, ¿c mo tanto os tardasteis? Comenzábamos a imp cientarnos seriamente.

LEONELLO

¿Quiénes seremos a la mesa, Andrea? ¿Los siempre no más?

ANDREA

Exceptuando a Cordiani, que a Francia par esta mañana.

LUCREZIA

¿Qué decís? ¿Ha partido Cordiani?

ANDREA

A Francia, ha más de una hora. La Madon le guíe y le proteja. Larga jornada lleva, y posible que sus asuntos le entretengan tanto q no retorne, acaso, nunca a Italia.

LUCREZIA

(Aparte a Francesco). ¿Es verdad, Francesco? ¿Es erto que ha partido?

FRANCESCO

(Lo mismo, a Lucrezia). A estas horas debe hallarse a lejos de Florencia.

LEONELLO

Mal tiempo se ofrece para viajar. El cielo pre-gia tempestad.

FRANCESCO

¿Qué es eso, señora? ¿Qué os sucede? Vuestro ueño rostro, animado por alegres colores un omento ha, empalidece ahora. ¿Sufrís algún re-ntino pesar? Decídnoslo.

LEONELLO

Qué pálida, es verdad!

ANDREA

ucrezia, esposa, ¿qué tenéis? ¿Por qué lloráis? ué os acontece? *(Todos la rodean, solícitos).*

LUCREZIA

Oh, dejadme, dejadme, os lo suplico! No os uietéis... un malestar ligero... Ya pasará... ya ará. ¡Dejadme!

ARABELLA

(Entrando despavorida). ¡Señor, señor, venid! ¡Di mío, qué susto! ¡Hay un hombre escondido en l habitaciones de la señora! ¡En el tocador e traba cuando le he visto!

ANDREA

¿Un hombre, Arabella?

ARABELLA

Un hombre, sí, señor. Le descubrí al cruzar galería, y él, al oirme, corriendo se ocultó t la puerta. ¡Santa Vírgen, qué susto, qué susto he llevado!

LEONELLO

¡Es él, Andrea, es él, el asesino! El que matado a Gremio, que no habiendo tenido op tunidad de evadirse, aun permanece aquí. D si quieres, que yo me encargo de él con sumo gu

ANDREA

Quieto, Leonello, quieto. Esto a mí solo me cumbe por entero. *(A Lucrezia, con severo ace* ¡Todavía él, todavía ese hombre, desventura

(LUCREZIA lanza un ¡ay! y cae desvanecida en brazos de AR LLA y FRANCESCO, quienes, con esfuerzo, trasládanla banco).

FRANCESCO

Maestro, espera. Yo sé quién es el hombre. Es : discípulo Cordiani.

ANDREA

¡Ah! ¿Sabes?

FRANCESCO

Sí. Y te aconsejo evitar a todo trance que...

ANDREA

Basta, basta! Conque, ¿consejos y todo? ¡Tan blica es mi deshonra, tan conocida y divul-da mi afrenta, que hasta se permiten recomen-rme una prudente norma de conducta!... *(Lla-ndo hacia la casa).* ¡Cordiani, Cordiani!... ¡Des-nde acá, hombre; muéstrate ya, miserable! ¡Es rival quien te llama y te espera!

ESCENA VII

Dichos, CORDIANI

ANDREA

Señor mío, tened la bondad de esperar mis ór nes. *(A Francesco y Arabella)*. Vosotros, llevaos a mujer. *(A Leonello)* Sí, Leonello, tenías razón. E es quien asesinó a Gremio al salirle al paso cu do subrepticiamente intentaba penetrar en mi c para apoderarse de mi mujer. ¡Este es, éste! *Francesco y Arabella)*. ¡Vamos, Arabella, Frances ¿Me oísteis? Conducid a esa mujer a casa de madre. ¡Salid, salid pronto! *(Salen Francesco y bella sosteniendo a Lucrezia. A Leonello)*. Leonello, a go mío, ¿querrás ser mi testigo en un lan Quiero hacerle tanto honor aún.

LEONELLO

Acepto la designación. Retírate a casa mien se previene la hora y el lugar para el combate

ANDREA

¿Hora? Esta misma. ¿Lugar? Este mismo bién. *(A Cordiani)*. No os bastó deshonrarme;

teis hacerlo público; con la vuestra os salis-
s. Así, la reparación ha de serlo igualmente, y
aldito aquel por quien a tal punto llegaron
cosas! Aguardad unos momentos. Voy a bus-
las espadas. *(Exit).*

ESCENA VIII

LEONELLO, CORDIANI

LEONELLO

Señor, ¿no nombráis alguien que os apad[illegible] en el encuentro?

CORDIANI

No, señor.

LEONELLO

¿Cómo así? Las leyes del duelo lo exigen.

CORDIANI

En rigor no lo habrá, pues pienso dar a m[illegible] versario todas las facilidades para que tri[illegible]

LEONELLO

Reparad lo que decís y lo que hacéis.

CORDIANI

Sé lo que digo y conozco lo que debo hacer.

LEONELLO

¿Es vuestra intención entonces convertirle en esino también?

ESCENA IX

Dichos. ANDREA, con espadas. Luego, FRANCESCO

ANDREA

Heme aquí.

(LEONELLO toma las espadas, las mide y examina y las distribu

LEONELLO

¡En guardia, señores!

(Brilla un relámpago y se oye el fragor de un trueno. Entra FR CESCO).

FRANCESCO

Maestro, tu esposa ha rehusado mi compañ Con Arabella nada más partió. ¡Hola! ¿Vais a ñir? ¿Quién necesita un testigo?

LEONELLO

El señor Cordiani. Ve, colócate a su lado.

FRANCESCO

(A Cordiani). ¿Lo permites tú?

CORDIANI

Gracias, Francesco.

LEONELLO

Vamos, señores, acabemos. La tempestad está
bre nosotros. ¿Listos?

ANDREA

Sí.

CORDIANI

Sí.

LEONELLO

Adelante.

zan las armas y combaten un momento. CORDIANI, vacilante, retrocede un paso).

FRANCESCO

Para, Andrea. Cordiani ha sido tocado. *(Cordiani al suelo).*

ANDREA

(Yendo a él). ¡Cordiani!... ¡Hijo mío!...

LEONELLO

(Conteniéndole). No, vete. Francesco y yo nos en-
garemos de lo demás.

CORDIANI

(Puesto en pie). Mi herida es leve. Aún puedo s tener mi espada.

LEONELLO

Os engañáis. Vuestra herida es más grave lo que creéis. Yo no autorizo la continuación combate.

FRANCESCO

Ni yo. Vamos, apóyate en mi brazo y salgam Te conduciremos a casa de Manfredi, el ciruja

CORDIANI

Pues lo queréis, sea.

ANDREA

(Aparte, a Leonello). ¿Crees tú que, en efecto, grave, Leonello?

LEONELLO

Nada puedo decirte aún. *(Sale con Francesco, duciendo a Cordiani).*

ESCENA X

ANDREA

Y yo, ¿no debo, acaso, acompañarles?
or qué me dejan solo, como excluído?...
eo que no se ha defendido ese hombre.
, no se ha defendido; porque ahora,
calmada mi cólera, recuerdo
ios detalles que lo prueban claro.
r ejemplo, sin más, esa estocada:
golpe tan marcado, tan abierto,
fácil de parar... le ha alcanzado.
rque, le he herido: eso es lo cierto y grave;
vez, de tanta gravedad, que muera
es que llegue de Manfredi a casa.
h, si fuera verdad... fuera espantoso!

He perdido a Lucrezia, el amor mío!
erdo ahora la amistad, muerto Cordiani!
o habrá quedado nadie en casa, nadie?
ia, como tratando de percibir algún rumor dentro).
lie ha quedado; ni un rumor se siente.
s, ¿quién había de quedar? Los criados
eron con mandados; mis discípulos
aron ya el taller, que esta es la hora...

n conclusión, nadie ha quedado, ¡nadie!...
decir, quedo yo. ¡Yo solo, aislado
o un leproso! ¡Separado y único!

Es singular, es raro, es casi absurdo,
por Dios santo, ¡pero es! No hay que negar

Cordiani va a morir, de eso no hay duda.
¡Morirá, sin tardanza: es lo probable;
más aún: es fatal... ¡Bien!... Y Lucrezia,
brutalmente arrojada de orden mía,
se aleja de mi hogar y vuelve al suyo.
Perfectamente. ¿Y qué? ¿No es esto lógico?
¿No está bien hecho, pues, todo lo hecho?
Mi mujer y un su amante, me afrentaban;
Todo el mundo lo sabe, es bien notorio.
Tercio yo, sorprendiéndolos... Airado,
mato al amante, a la mujer expulso...
Y, heme aquí, vindicado y satisfecho,
que no hay más que pedir. Ya en són de befa,
nadie podrá decir cuando yo pase:
«¿No le veis? ¡Acá viene el manso esposo!»
Nadie, nadie, que a nadie lo tolero.
Cuidado, pues, que vuelvo a ser tan digno
y mi honor a tener tan limpio y claro
como pueda tenerlo otro cualquiera,
ni más ni menos, ¡vive Dios! Y en tanto...
¡Y en tanto, solo, y mi mansión desierta;
mi espíritu y mi hogar abandonados!
Hace pocos momentos, todavía
se hallaba gente aquí, y ella a mi lado...
Ahora, ya nadie queda... Ella ida,
todos fueron marchando tras sus pasos.
Pero, en fin, lo esencial y no otra cosa,
es que estoy, como Dios manda, vengado.
Como Dios manda, o como el mundo quiere,
que de eso no estoy cierto.

Sin embargo,

¿esta fiera venganza—me pregunto—
tendrá el poder de restituirme intacto

lo el bien que perdí, la esposa amada
el amigo querido, o, al contrario,
á, precisamente, entre uno y otros
que vaya distancias aumentando
s y más cada vez, hasta perdernos
a nunca volver a aproximarnos?
así fuere, en verdad debo culparla,
s que a nadie, de haberme aniquilado:
s me roba la última esperanza
los hados adversos me dejaron.

rando en su espada, que aun conserva desnuda entre las manos).

bien que no de todo me despoja:
tamente, una cosa me ha dejado;
o yo no la quiero y la renuncio,
que pesa a mis fuerzas demasiado.

jala. Mirando a la casa).

casa! ¡Ese es mi hogar! Mas no me atrevo
enetrar en él. Al contemplarlo,
to invadirme una tristeza inmensa
congojarse el corazón de espanto.

cede hacia la cancela del fondo, en el momento en que tras
ella pasan cuatro hombres llevando un ataúd).

! ¿qué es eso? ¡Un cadáver en mi casa!
ién es ese que llevan a enterrarlo?

ESCENA XI

ANDREA, CESARIC

CESARIO

Nicolás Gremio, muerto a mano airada esta ñana.

ANDREA

¡Ay, viejo amigo, adiós, adiós tú también! C Cesario; otro que marcha, otro que me al dona.

CESARIO

¿Es un reproche a mí, maestro? Yo no o abandonado, yo no os abandonaré jamás.

ANDREA

¡Hijo, Cesario!

CESARIO

Fuí a casa de Pontormo, cierto. Iba en l de la alegría y la encontré allí... Mas, sin por qué, en medio de tanta fiesta y regocijo, tíame languidecer y entristecía ridículamente resolví volverme acá y aquí me tenéis.

ANDREA

Aquí encontrarás el infortunio, hijo mío.

CESARIO

Mejor lo soportaré que el remordimiento.

ANDREA

Pobre!... Gracias, Cesario, gracias. Mira, haz- este favor: entra en casa...—Yo no quiero, puedo; me da miedo, ¿sabes?—Entra en casa Yo, entretanto, voy.... Sí, eso es, voy; debo es necesario que vaya.

ESCENA XII

LEONELLO

(Entrando). ¿A dónde, Andrea?

ANDREA

A visitar a la madre de Lucrezia, a hablar ella. Porque debo hacerlo así, ¿no te parece

LEONELLO

Sí, pero irías inútilmente. La señora Floria está en la ciudad.

ANDREA

¡Cómo! ¿No está? Lucrezia, entonces, ¿a de ha ido, dónde se encuentra?

LEONELLO

No lo sé. Pero te digo que madonna Floria llase ausente.

ANDREA

¿Cómo lo sabes?

LEONELLO

Volviendo de casa de Manfredi, pasé ante su erta y quise saber si Lucrezia llegara sin no-lad. Así lo supe.

ANDREA

ordiani morirá, ¿eh, Leonello?

LEONELLO

o, por cierto; de ésta, al menos. La herida bien poca cosa.

ANDREA

ejadme.

LEONELLO

ubitativo). Escucha, Andrea... escucha. Yo no Francamente, no sé cómo preguntarte... no to a decirte... En fin, no sé...

ANDREA

ué? Dime.

LEONELLO

tan delicado, es tan difícil!... Pero, vamos, ra saberlo: si Lucrezia, reincidiendo en la , volviese... volviese a verle a él...

ANDREA

(Impetuoso). ¿Cómo? ¿A Cordiani? ¿Si volvies verle, si volviese a...? ¡Oh! ¡no tendría pie entonces, sería implacable! ¡Los exterminaría donde me fueran habidos!... Pero, ¿por qué mejante pregunta, Leonello? Ella me revela sabes algo más grave de lo que ha pasado, que me ocultas. ¿Qué es? Dímelo, dímelo pro Están juntos, han vuelto a unirse, ¿verdad? dímelo, ¡te lo suplico, te lo mando! No te ocupes por mí. Tengo fuerzas aún.

LEONELLO

No, no, Andrea. Va demasiado lejos la vivez tu pensamiento. Fía en mí; tu honor y tu bre me son tan sagrados como los míos pro y si tal aconteciese sería yo quien exigiría raciones entonces. Y cuenta que yo no peco mo tú, de bondadoso. *(Andrea ha extraído de carcela un librillo de notas y escribe en él. Aparte).* bre amigo! Quiera Dios que tu razón resista nuevo y terrible golpe. *(Alto).* ¿Qué haces quién escribes, Andrea?

ANDREA

A Lucrezia. *(A Cesario, dándole la hoja escrita).* rio, hijo, ve, busca a mi esposa y entrégale carta, solicitando respuesta a ella. Anda, v te demores, y no olvides la impaciencia co aquí mismo te espero. *(Sale Cesario).*

ESCENA XIII

ANDREA, LEONELLO

LEONELLO

Qué le dices en esa carta?

ANDREA

Qué le digo? ¡Ah, mísero de mí! Suplico, cuan-
puedo mandar; imploro perdón cuando castigar
era. No me juzgues, amigo mío, como a cual-
r otro hombre. Carezco de lo que llaman ca-
er, energía. Soy apocado, débil... Nací para
tranquilo.

LEONELLO

parte). ¡Triste alma atormentada, cuánto debe
r!...

ANDREA

sé siquiera cómo escribí lo que escribí. Por-
asómbrate, Leonello, asómbrate de mi cobar-
de mi indignidad: ¡Digo a Lucrezia que no
en consideración lo que hice, y le pido
a a mi lado, que la necesito junto a mí!

LEONELLO

¿Es posible, Andrea?

ANDREA

Ya lo oyes. Obré como tú quisiste, y ¿qué tuve en consecuencia? Alejarla más cuando la amo. Porque has de saber, Leonello amigo, para desdicha mía la amo ahora más que la nunca. ¡Más que nunca, te lo juro, más que ca!...

LEONELLO

(Aparte). ¡Santa Madonna, valme!

ANDREA

(Ambas manos al pecho, con gesto de dolor). ¡Oh, mío!

LEONELLO

(Alarmado). ¿Qué? ¿Qué tienes, Andrea?

ANDREA

Súbito he sentido un gran dolor en el cora Extraño es, no me ha sucedido nunca. Te que hacerme ver por un médico, me parece. vaya, ya pasó, ya pasó.

LEONELLO

¿Ya pasó? No obstante, bueno será avisa

octor hoy mismo, ahora. ¿O prefieres ir a verle ? Vamos, si quieres.

ANDREA

¿No recuerdas que deben traerme aquí una resesta? Aunque acaso sea esperar en vano, sin nbargo, esperaré.

LEONELLO

Lucrezia te contestará, no lo dudes. Vendrá ella sma, tal vez.

ANDREA

No, no vendrá. Tú verás como no viene. En e instante creo verla marchar...; sí, la veo marar, marchar muy lejos. ¡Sí, Leonello, sí! ¡Mar-a, escapa, huye de mí! ¡Ay, Dios! Ahora ya igo la plena certeza, la firme convicción de berla perdido para siempre; ¡para siempre, para mpre!...

LEONELLO

Andrea, eh, amigo! Calma. Estás enfermo, eso ve. Vamos allá dentro. *(Intentando llevarle).*

ANDREA

Io, no te obstines. No me moveré de aquí. ide aquí los veo, los veo marchar, alejarse, r... Ahora ya no me es posible dudar, Leonello; he perdido! La he perdido de una vez para apre, ¡para siempre!

ESCENA XIV

ANDREA, LEONELLO, CESARIO

ANDREA

¿Qué, Cesario? ¿Qué hay? ¿Qué traes?

CESARIO

Vuestra esposa no está en Florencia, maes Un amigo, a quien hallé al salir de aquí, hame cho haberla visto marchar con rumbo a Pis

ANDREA

¿Y Cordiani?

CESARIO

¿Cordiani?... De él nada sé.

ANDREA

¿Ves, Leonello? Mi predicción se cumple. H reunido por fin, y por fin marcharon. Una interior advirtióme la catástrofe. ¡Todo ha cluído para mí! *(Entra Francesco).*

ESCENA ULTIMA

Dichos, FRANCESCO

FRANCESCO

Por qué todo ha concluído?

LEONELLO

Ciertamente.
ué sabes tú qué habrá pasado, Andrea?

ANDREA

o sé porque lo he visto con mis ojos,
no fué simplemente una sospecha.
falta el aire... respirar no puedo!...
nto temblar bajo mis pies la tierra!

LEONELLO

te, a FRANCESCO).

uda fué la jornada. Pocos hombres
rían resistir otra como esta.
muchas emociones y muy fuertes
una sola vez.

FRANCESCO

(Lo mismo, a LEONELLO).

¿Tú crees que Andre

ANDREA

Reuniéronse al azar o convenidos,
y juntos han partido de Florencia.
¡Yo lo sé, yo lo he visto por mis ojos!
(Vacila y sus discípulos le sostienen. Va debilitándosele la voz g
mente.
Esto me oprime el corazón, me enerva..
(Dirigiéndose a alguien imaginario).
No os inquietéis, no intentaré seguiros.
Marchad tranquilos; ¡no me quedan fuerzas!
Sería inútil, y, además, comprendo
que no tengo derecho a retenerla
contra su voluntad, al lado mío,
cuando su amor hacia otro amor se aleja.
¡Ay, me vuelve otra vez... vuelve a oprimir
(Al corazón).

CESARIO

¿Qué tenéis, qué sentís?

LEONELLO

¡Valor, Andre

ANDREA

¡Oh, luz del sol, verdor de las campiñ
años risueños de la edad primera!...

e amaban, se buscaron, se encontraron,
partieron de aquí. ¡La historia eterna!
/uelvo a verlos como antes, vuelvo a verlos!
hora cruzan veloces la pradera:
is caballos se animan en el trote;
is ropajes flotantes se despliegan
ial triunfales banderas en el aire,
e una grande victoria pregoneras.
us miradas se cambian, y sus manos
tienden impacientes y se estrechan!
iora pasan el río.
ansición).

Oye, Cesario,
tra en casa, hijo mío, y tráeme llena
ia copa de vino. Desfallezco,
quiero recobrar algo las fuerzas.
pera todavía. Luego buscas
mi cuarto, donde hay una alacena,
toma de ella un pomo pequeñito
ie contiene un cordial. No te detengas.
le CESARIO).

FRANCESCO

arte, a LEONELLO).

evémosle de aquí, que se nos muere.

LEONELLO

mismo, a FRANCESCO).

parece que sí.
ANDREA).

Vamos, Andrea,
fuerte y ven conmigo, con nosotros.

Entra en tu casa a descansar en ella.
(Intentan llevarle).

ANDREA

(Resistiéndose).

¡No me llevéis, no me llevéis, os digo!
Sostenedme, eso bien, que no quisiera
dar en tierra... Francesco, escucha, atiende...
Toma un caballo, monta con presteza,
ponlo al galope en seguimiento de ellos,
—en una hora de veloz carrera,
fácilmente podrás darles alcance,
que aún no han llegado a penetrar la selva
deténlos en su marcha y, en mi nombre,
les dirás... les dirás... ¡Oh, Dios, qué intensa,
qué espantosa tortura! Amigos míos,
¡cuánto mejor morir que verse en ella!...
Conserva, buen Francesco, mis palabras
fielmente; repetirlas no pudiera.
Les dirás... ¿oyes bien?: «¿Por qué alejaros?
¿por qué alejaros más? Volved las riendas,
y a Florencia otra vez tornad dichosos;
¡ya nadie estorba la ventura vuestra!»
Y si preguntan la razón, entonces...
entonces les añades con firmeza:
«¡La viuda del pintor Andrea del Sarto,
libre está de entregarse a quien prefiera!»
(Entra CESARIO).

LEONELLO

¿Cómo? ¿Qué dices?

ANDREA

La verdad, Leonello

CESARIO

Aquí está el pomo y vuestra copa llena.

ANDREA

Esto, sí, mi cordial...

erte algunas gotas del pomo en la copa que CESARIO le presenta, y después se lo devuelve).

¡Y bien, señores:
ludad a la Muerte, que se acerca!
'o alzo mi copa y le dedico el brindis
la muerte del Arte en nuestra tierra!
be).

FRANCESCO

on súbita sospecha).

Qué es eso que vertísteis en la copa?
Qué contiene ese pomo? ¡Hablad, Andrea!...

ANDREA

Un cordial generoso, amigo mío.
ales son su eficacia y excelencia,
ie en breve tiempo curará tus males
or pertinaces que tus males sean.
e regalo ese pomo y un consejo,
ambos quiero que mucho me agradezcas.
uando sientas el alma dolorida,
hausta de esperanzas o de creencias;
ando, agotado tras feroces luchas,
cesite tu espíritu una tregua;
iando, en fin, reconozcas que es inútil
'olongar por más tiempo tu existencia,

y enojoso además, cuando con ello
pones un veto a la ventura ajena,
haz lo que yo: de ese licor precioso
vierte un poco en tu copa...; bebe..., espera...
Fíjate bien en mí: verás su efecto...
¡Vuestras manos!... ¡Adiós!... ¡Tendedme en tierr

(Silencio breve. Los dos versos finales son pronunciados con supre sentimiento).

¡Si la veis, no olvidéis manifestarle
cuánto la amé... cuánto sufrí por ella!...

(Muere. Sus discípulos tiéndenle suavemente en tierra y quedan, lloran arrodillados ante el cadáver).

Fin de la tragedia